ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

LA LUZ DEL RAYO,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.° de la procedencia
3253.

LA LUZ DEL RAYO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

DRAMÁTICAS.

D. Jaime el Desdichado. Drama en tres actos y en verso.
Una herida en el alma. . Drama en un acto y en verso.
El hijo de Sancho el Noble Drama en tres actos y en verso.
Mira de Amescua. . . . Drama en tres actos y en verso (1).
Apuesta de amor. . . . Comedia en dos actos y en verso (2).
Sobra y falta. . . . . Comedia en tres actos y en verso.
Witiza. . . . . . Drama en tres actos y en verso.
La expulsion de los moriscos. . . . . . Drama en tres actos y en verso.
Fondo y superficie. . . Drama en tres actos y en prosa (3).
Torrigiano. . . . . . Drama en un acto y en verso (4).
El último dia. . . . . Drama en un acto y en verso (5).
La luz del rayo. . . . . Drama en tres actos y en verso.

NO DRAMÁTICAS.

Meditaciones y Recuerdos, poesías.
El manto de la Vírgen, leyenda en verso.
El Teatro en España, estudios históricos.

EN PREPARACION.

Historias de la vida, cuentos verdaderos, en prosa.
Artículos vários.
Leyendas, en verso.
Los bandos de Sevilla, novela histórica.

---

(1) Estrenóse con el título de *El valle de lágrimas.*
(2) En colaboracion con D. Luis Montoto.
(3) Id. id. con D. Luis Escudero.
(4-5) Id. id. con D. Luis Montoto.

LA LUZ

DEL RAYO,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Estrenado en el teatro de Cervantes, de Sevilla, en la noche del 27 de Noviembre de 1875, con extraordinario éxito.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1875.

14

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ALMODIS.	Sra. Argüelles.
BLANCA..	» Castillo.
RAMON BERENGUER I.	Sr. DELGADO.
PEDRO.	» Portes (J.)
BERNARDO	» Gomez.
GUILLERMO.	» Portes (R.)
HUGO DE ROCABERT. .	» Reyes.

Nobles, guardias, acompañamiento.

La accion del primero y segundo acto pasa en el castillo del Puerto, y la del tercero en el Palacio Condal de Barcelona.
Dias 16 y 17 de Noviembre de 1071.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon de arquitectura románica: dos puertas á cada lado, y al foro galería de arcos.—Á la izquierda una mesa, en la que habrá colocado un candelabro con bugías encendidas: un sillon de época junto á la mesa, y muebles del mismo estilo.—Al levantarse el telon, aparecen: Rocabert, en la galería, saludando á los nobles agrupados en ella, y Guillermo, sentado en el sillon, leyendo un libro en pergamino.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, ROCABERT.

ROCAB. Llegad, sin temor, llegad
al salon de armas: abades,
barones y potestades
de Cataluña, pasad.
Hoy de Ramon Berenguer
derrumbará la nobleza,
batallando con fiereza,
el tiránico poder.
Pasad.

(Vánse los nobles por la derecha del foro, y Rocabert viene al lado de Guillermo, que interrumpe la lectura y se dirige á él.)

GUILL. Hugo, nos abona
Dios, de quien ministro soy.
Las actas leyendo estoy
del Concilio de Gerona;
y en ellas veo establecido,
como obligacion sagrada,
que á la esposa repudiada

se debe unir el marido.
Mas Berenguer, que, insensato,
sólo en Almodis adora,
no querrá cumplir ahora
este divino mandato.
¡Ah!... Las iras celestiales
provocan sus sacrilegios.

ROCAB. Arranca los privilegios
á los señores feudales....

GUILL. Son nuestras quejas en vano:
comete mayor delito,
pues cambia el gótico rito
por ese rito romano.
El pueblo, cobarde, calla....

ROCAB. Pero los nobles están
ofendidos: el volcan
no se siente hasta que estalla.

GUILL. ¡Triste y mísero Condado!
¿Cómo grande podrá ser
en manos de una mujer
y de ese Conde malvado?

ROCAB. Nos agravia de mil modos;
y ni áun respeta sus fueros
á los descendientes fieros
de los francos y los godos.
El trono, ayer en pedazos,
en que los Condes se asientan,
nuestros hombros lo sustentan,
lo defienden nuestros brazos.
Si levantarlo pudimos
contra el árabe poder,
¿no podrémos hoy romper
el trono que ayer hicimos?

GUILL. Camine, en su loco empeño,
por la senda comenzada,
que, más de una vez, la espada
se vuelve contra su dueño.
Yá en el salon del castillo,
desnuda de vil flaqueza,

reunida está la nobleza
que á nuestra pátria dá brillo.

ROCAB. Guerra justa, guerra franca
á Berenguer moverémos;
nosotros le obligarémos
á unirse con doña Blanca;
á que no nos haga ultrajes
como á conquistadas greyes:
á que revoque esas leyes
que ha llamado los Usajes.

GUILL. ¿Llegó doña Blanca?

ROCAB. Sí:
breve tiempo hace que vino,
y, cansada del camino,
está reposando allí.
(Señala la primera puerta de la derecha.)

GUILL. De Berenguer la existencia
torpes vicios han manchado:
Hugo, su mayor pecado
ha sido la incontinencia.
Vínculo santo le unió
con Isabel, que yá ha muerto,
y su tálamo desierto
Blanca despues ocupó.
Tres años de gloria tal
no gozó la desdichada:
ofendida y repudiada
bajó del trono condal.
Para ocultarse, de suerte
que no la halláran, corrió
la nueva de que murió:
todos creyeron su muerte.
Miéntras ella sus pesares
en el destierro gemia,
la hermosa Almodis se unia
con el Conde en los altares.

ROCAB. Blanca tiene un corazon
que jamás cede en su encono,
porque necesita un trono

721803

su desmedida ambicion.

GUILL. Confiad en ella. Si alzada
por la nobleza se mira
sobre ese trono á que aspira,
¿qué podrá negarnos?

ROCAB. Nada.
La causa que defendemos
más con su nombre prospera,
porque será la bandera
que contra el Conde alzarémos.

GUILL. ¿Y quién, Rocabert, será
caudillo de nuestra gente?
¿Quién, denodado y valiente,
á combatir la guiará?
Quien los mande en aquel dia
varon ilustre ha de ser;
que mucho debe valer
hombre á quien tanto se fia.

ROCAB. Esta noche aquí le espero, (Con misterio.)
y con gozo le veréis.
Abad, caudillo tendréis
jóven, ilustre y guerrero.
Terror del árabe ha sido
la espada que altivo empuña,
y no hay otro en Cataluña,
no hay otro mejor nacido.

GUILL. ¿Qué decís...?

ROCAB. Que se resuelve
don Pedro, y le corresponde
el mando: que contra el Conde
su propia sangre se vuelve.

GUILL. ¡Contra su padre!

ROCAB. Batalla
don Pedro consigo mismo,
y corre audaz al abismo
que abierto á sus piés se halla.

ESCENA II.

DICHOS: BLANCA, por la primera puerta de la derecha.

BLANCA. Aquí me teneis.
ROCAB. Señora,
en vos mi labio saluda
las esperanzas postreras
que animan á Cataluña.
GUILL. Queremos que la corona,
que hoy ciñe una frente impura,
y en otros aciagos dias
cayó de esa frente augusta,
para bien de nuestra Pátria,
en ella, de nuevo, luzca.
BLANCA. Años hace, abad de Rípoll,
que vivo en Beziers oculta,
teniendo vivo el esposo,
como si fuera vïuda.
Siempre alenté la esperanza
de que al trono, que me usurpa
doña Almodis, subiría;
que la Providencia es justa.
Soy la legítima esposa
del Conde.
GUILL. Nadie lo duda.
ROCAB. Pero Almodis no es culpada,
que, niña, inocente y pura,
al unirse con el Conde
muerta os juzgaba.
BLANCA. Mi astucia
hizo correr tales nuevas,
para vivir más segura:
todos, hasta el Conde mismo,
me tienen hoy por difunta.
Tan sólo vos y otros nobles,
fieles á mi desventura,
conocieron mi retiro,
sepulcro de mis injurias.

Recibí mensajes vuestros (Á Guillermo.)
consolando mis angustias
y ofreciéndome, de nuevo,
el trono: con prisa suma
me llamásteis, y he venido.
El combate no me asusta:
yo he cumplido mi palabra,
que ahora la vuestra se cumpla.

ROCAB. (Os dejo con ella á solas; (Á Guillermo.)
que paréceme yá mucha
la tardanza de don Pedro.
Veré si llega.) Su ayuda (Á Blanca.)
os dé el cielo.

BLANCA. Y á vos, Hugo,
para vencer en la lucha.
(Váse Rocabert por la izquierda del foro.)

ESCENA III.

GUILLERMO, BLANCA.

BLANCA. Decidme, abad: ¿la nobleza...? (Siéntase.)

GUILL. En torno vuestro se agrupa.
No dudeis de la victoria:
Dios, señora, me la anuncia;
porque esta causa, que es nuestra,
al mismo tiempo, es la suya.

BLANCA. Yo, de Ramon Berenguer,
el Conde de Cataluña,
yo fuí la segunda esposa,
en desdichas sin segunda.
Ni le amaba, ni él me amaba;
pero ¡ay! un trono deslumbra,
y arrojando las memorias
de otro amor en la ancha tumba
del olvido, uníme al Conde.

GUILL. Ramon Berenguer, que nunca
os amó; á quien la nobleza,
de que vos érais hechura,
casi por fuerza, obligó

á celebrar tales nupcias,
apénas robustecido
vió el poder, de que hoy abusa,
y la nobleza humillada,
cuando anuló, en su locura,
el matrimonio, alegando
que, á más de ser infecunda,
vínculos de parentesco
teníais con él. No desnudas
de verdad, estas razones,
que en Roma creyeron justas,
lograron, al fin....

BLANCA. Que fuese
yo repudiada. Me abruma
el recuerdo.... Mi venganza
ha de ser grande: me juzgan
muerta....

GUILL. Sí.

BLANCA. Verán, muy presto, (Levántase.)
que dejo la sepultura.
Verá esa Almodis, á quien
jamás he visto, esa ilusa
y odiosa rival, que ahora
Dios á su trono me encumbra.

GUILL. Así lo espero: es justicia
debida á vos. Preceptúa
el Concilio de Gerona
que el marido se rëuna
con la esposa repudiada....

BLANCA. Sí.

GUILL. Mas Berenguer no escucha
los mandatos de la Iglesia,
porque Almodis le subyuga.

BLANCA. ¡Almodis!... Cuenta la fama
que es muy grande su hermosura.

GUILL. Es así; pero veréis
que Berenguer la repudia.
Que la ama su hijo don Pedro
en la córte se murmura:

el Conde es celoso, y....

BLANCA. Basta.
Sea verdad, ó sea calumnia,
ese amor desatinado
nuestra victoria asegura.

GUILL. Si á la pasada grandeza
volveis, los que hoy os ayudan,
de sus altos sacrificios
¿tendrán recompensa alguna?

BLANCA. ¿Podeis dudarlo? Esos nobles,
que así su lealtad ilustran,
tendrán por suyo el Condado.

GUILL. No temais: vuestra ventura
será cierta. El poderío
de Berenguer se derrumba.
Potestades y barones
y condes de Cataluña,
en el salon del castillo,
alzan sus voces robustas,
y al Conde de Barcelona
no dar obediencia juran.
Venid, venid, doña Blanca:
que os aclamen; que la púrpura
excelsa, de nuevo, adorne
vuestros hombros.

BLANCA. ¡Dios me acuda
y sostenga! (¡Ambicion mia,
llega á la mayor altura!)
(Vánse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

PEDRO, ROCABERT, por la izquierda del foro.

ROCAB. Que no viniéseis, don Pedro, (En el foro.)
á mi castillo temí.

PEDRO. Hugo, mi palabra os dí,
y yá veis que no me arredro.

ROCAB. De vuestro padre, quizás, (Vienen al proscenio.)
pudo impedirlo el rigor.

PEDRO. Hombre soy de tal valor,
que nunca me vuelvo atrás.
De mi padre á la violencia,
Rocabert, miedo no tengo:
vengo tarde.... porque vengo
luchando con mi conciencia.
Por hallar una razon,
que me convenza, me afano.

ROCAB. ¡Vos!

PEDRO. Ser mi padre un tirano
no disculpa mi traicion.
Quiere que reinen conmigo
los hijos de mi madrastra,
pero es ella quien le arrastra
á ser de un hijo enemigo.

ROCAB. Fuera preciso estar loco
para seguir, vive Dios,
tal consejo: poco á vos
os ama el Conde.

PEDRO. Muy poco.
Que no es mi padre dijera;
pues sólo serlo ha mostrado
en que la vida me ha dado,
y.... ¡ojalá no me la diera! (Páusa corta.)
Luz de siniestros enojos,
siempre, en sus miradas arde
para mí.... Cierro, cobarde,
ante los suyos, mis ojos.
Nave entre revueltas olas,
que enfurecen roncos vientos,
soy entre mis pensamientos,
y huyo, hasta encontrarme á solas.
Y escucho, con triste calma,
en desiertas soledades,
estallar las tempestades
que rugen dentro del alma.

ROCAB. Contra vuestro padre fiero
os pide auxilio el Condado:
entre un padre y un Estado,

el Estado es lo primero.
La vida, el honor, la fama
deben perderse tambien,
don Pedro, cuando así el bien
de la Pátria lo reclama.

PEDRO. Desde el dia en que nació
este pensamiento en mí,
me pregunto.... ¿busco, así,
el bien de la Pátria yo?
¿Es Cataluña oprimida
quien me incita á decidirme
contra un padre... á convertirme
en traidor.... ó en parricida?

ROCAB. ¡Don Pedro!

PEDRO. No es ambicion
este afan que me conmueve....
¡Yo no sé lo que me mueve
y me lleva á la traicion!
Contra mi negra perfidia
mi padre y su esposa claman....
¡Siento, al ver cómo se aman,
tanto dolor, tanta envidia!
Y una luz viene á alumbrar
las tinieblas del abismo....
¡Quiero engañarme á mí mismo,
y no me puedo engañar!
En mi frente, cada dia
el dolor marca una huella,
que no hay en el cielo estrella
tan fatal como la mia.
Tiene esta lucha terrible
un nombre.... Me da temor
pronunciarlo....

ROCAB. ¿Será amor?

PEDRO. (Confesándolo, á pesar suyo.)
¡Desesperado!... ¡Imposible!

ROCAB. Don Pedro, no desmayeis;
el valor todo lo alcanza:
pensad que vuestra esperanza

se logrará, si venceis.

PEDRO. Huyen, mirando mi brio,
las falanges enemigas;
son las bélicas fatigas
las glorias del pecho mio....
¿Y hoy, con valor, no destierro
esta insensata pasion,
y amor siente un corazon
que siempre cubrí de hierro?
Á la amorosa porfía
cedió, como débil muro....
¿Por qué no ha sido más duro
que el hierro que lo cubria?

ROCAB. ¡De cuántas vacilaciones
víctima, señor, os veo!
Venid; miraros deseo
al frente de los barones.

PEDRO. Alcen rebelde bandera (Con decision.)
los oprimidos vasallos;
den riendas á los caballos;
suene la trompa guerrera.
Áspero ó fácil camino, (Con indiferencia.)
es preciso recorrerlo:
yá que no puedo vencerlo,
me abandono á mi destino.

ROCAB. De Berenguer la corona
en la frente temblará.
¡Mañana el sol nos verá
delante de Barcelona!

ESCENA V.

DICHOS: GUILLERMO, por la derecha del foro.

GUILL. Hugo... Señor... ¡Dios ha oido (Viendo á Pedro.)
mis votos!

PEDRO. ¿Quién es?

ROCAB. Guillermo:
de Santa María de Rípoll,
renombrado monasterio,

es el abad poderoso....

GUILL. Que viene al servicio vuestro.

PEDRO. ¡Vos tambien!

GUILL. Yo los errores
de vuestro padre lamento.
Del árbol que no da sombra,
del árbol antiguo y seco,
brota la rama que un dia
dará sombra á todo un pueblo.
Bien de vuestra santa madre
seguís el piadoso ejemplo;
bien demostrais que sois hijo
de Isabel de Trencavelo,
que fué la esposa primera
del Conde.

ROCAB. Ningun respeto
ha guardado á su memoria.
Dos veces más, en el templo,
vivas antorchas nupciales
brillaron para él, de nuevo.

PEDRO. Lo sé, lo sé.

ROCAB. Doña Blanca
abandonó su destierro,
y ha llegado á mi castillo
esta noche.

PEDRO. ¡Qué contento
me habeis dado con tal nueva!
Yo apoyaré sus derechos.
Ella es legítima esposa
de mi padre; así lo creo.
Aunque entre los dos existen
vínculos de parentesco,
son lejanos....

GUILL. Muy lejanos,
y Roma puede absolverlos.

PEDRO. No la ambicion impaciente
de ser del Conde heredero,
ni el afan de señorío
contra mi padre me han vuelto.

Dando culto á la justicia,
sirvo de Blanca el intento:
que Almodis sea repudiada
por mi padre sólo anhelo;
quiero que rompa esos lazos....
(¡Dios sabe por qué lo quiero!)

GUILL. Yá la nobleza os aguarda
en el salon.

PEDRO. Vamos, presto.

ROCAB. Allí está Blanca.

PEDRO. Seguidme.
(Váse por la derecha del foro.)

GUILL. ¿Veis, Rocabert? Yá estoy cierto
de que es nuestra la victoria.

ROCAB. Sí; de su amor los extremos,
ó la locura, le arrastran
á servir nuestros deseos.

GUILL. ¡Que Berenguer tiemble ahora!
Yá triunfamos.
(Vánse, figurando que prosiguen el diálogo, por la derecha del foro: cuando desaparecen, salen por la segunda puerta de la izquierda, con el mayor recato, Almodis y Bernardo.)

ESCENA VI.

ALMODIS, BERNARDO.

ALMOD. (Mirando en la direccion que llevan Rocabert y Guillermo.)
¡Lo verémos!
Yá lo escuchaste, Bernardo....
¡Ay del castillo del Puerto!
¡Sus torres y sus almenas
igualaré á sus cimientos,
y arrasaré el Monjuich
que lo mantiene soberbio!

BERN. Señora....

ALMOD. Tal vez creian
esos nobles turbulentos
encontrar al leon dormido....
y él los acecha despierto.

BERN. Decidme cómo pudísteis
averiguar sus intentos:
me sacásteis de palacio
con prisa grande y misterio;
me tragísteis al castillo,
del cual dista corto trecho
Barcelona, y áun no sé
quién os dió conocimiento
de tan vil traicion....

ALMOD. Bernardo,
descubriómela, en secreto,
un servidor del castillo,
agraviado por su dueño.
Fidelidad tan notable
con largueza recompenso,
y envióme, dándome aviso,
un pergamino discreto.

BERN. ¿Qué os decia en él?

ALMOD. (Recordando.) «Esta noche,
en el castillo del Puerto,
aguardan á la Condesa....»

BERN. ¿Y el pergamino?

ALMOD. Recuerdo,
Bernardo, que lo dejé
olvidado en mi aposento.
De esos villanos traidores
las asechanzas temiendo,
quise que tú, de mi esposo
antiguo y fiel escudero,
con sus guardias escogidos
me acompañases.

BERN. Los tengo
vigilando las murallas
y prontos á defenderos.

ALMOD. El servidor generoso,
que viste, nos puso dentro
del castillo.... y luégo escucho,
apénas aquí penetro,
la voz del abad de Rípoll,

que iba á Rocabert diciendo:
«Yá triunfamos....» ¡No sabian
que está ese triunfo muy léjos!

BERN. ¿Quereis, señora, que al frente
de los guardias venga luégo,
y este nido de traidores,
sin compasion, arrasemos?

ALMOD. Nó, Bernardo.

BERN. Yo, señora,
al Conde sirvo y defiendo.

ALMOD. Lo sé.

BERN. Yo he vivido siempre
á su lado, siempre, ménos
diez años, que en Zaragoza
los árabes me tuvieron
en una mazmorra.—¡Mala
vergüenza!—Caí prisionero
en un combate: me hallaron
en el campo, aquellos perros,
con siete heridas, de propia
y agena sangre cubierto,
que, si nó, yo solo hubiera
dado fin de todos ellos.
Cuando volví á Barcelona,
libre de mi cautiverio,
érais esposa del Conde
mi señor; y me dijeron
que tambien tuvo otra esposa,
que repudió, y yá habia muerto.
Yo no pude conocerla,
pues esto pasó en el tiempo
de mi prision.

ALMOD. Yo tampoco
la conocí.

BERN. Con su afecto
mis servicios premió el Conde,
y otra vez fuí su escudero.
Dejad que, en esta ocasion,
le pruebe yo, con mi esfuerzo,

que jamás un beneficio
olvidan honrados pechos.
Duerme el Conde confiado
en la paz y en el sosiego
de Cataluña, y no mira
que, aprovechando su sueño,
los nobles....

ALMOD. Miéntras él duerme
yo por su existencia velo.
Mis pasos y mis peligros
son para el Conde un secreto.
Nada sabe: le idolatro
de tal modo, que prefiero
yo sola arrostrar las iras
de la nobleza....

BERN. (Con indignacion.) Que, ardiendo,
contra vos, en torpe saña,
os calumnia....

ALMOD. La desprecio.
Pero sus viles calumnias (Dolorosamente.)
en Berenguer hallan eco:
me agobia con sus sospechas,
me lastima con sus celos,
y anda siempre entre sus labios
vagando este nombre: Pedro. (Muy bajo.)
¿Qué importa? Un deber sagrado
me da varonil aliento.

BERN. No así expongais vuestra vida:
venid, evitad el riesgo....

ALMOD. Tú saldrás solo, Bernardo.

BERN. ¿Solo...?

ALMOD. Sí; yo aquí me quedo.

BERN. Señora....

ALMOD. Obedece y calla. (Con imperio.)

BERN. ¿Y no temeis...?

ALMOD. Nada temo.
Conozco bien el castillo,
donde habité largo tiempo
con mi esposo, ántes de darlo

á Hugo Rocabert en féudo,
y yá sé dónde ocultarme,
si fuera preciso. Quiero
averiguar por mí misma....
Tú, corre y aviva el celo
de mis guardias: si no salgo
dentro de poco, con ellos,
sin detenerte, animoso
entra al punto....

BERN. ¡Á sangre y fuego!
(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

ALMODIS.

Yá sola me encuentro aquí,
pero en mi valor confío:
no temas, esposo mio,
que estoy velando por tí.
Almodis no te abandona
y digna de tí ha de ser:
yo vengo aquí á sostener
tu vacilante corona.
Yo, en mis contínuos desvelos,
de esa nobleza altanera
te defiendo, como fiera
que defiende á sus hijuelos.
(Páusa: acércase al foro y mira hácia la derecha.)
Barones y potestades,
que allí os juntais conspirando,
los vientos que estais sembrando
cogeréis en tempestades.
Viene sola una mujer
aquí, á conoceros hoy....
No importa, nó, porque soy
la esposa de Berenguer.
Yá lo sabeis; no os asombre (Con fiereza.)
que sola venga á buscaros,
pues basta, para aterraros,

con la gloria de su nombre.
¡Miserables!
(Vuelve al proscenio: páusa, durante la cual medita.)
¡Si pudiera,
oculta, estarlos oyendo,
sus designios descubriendo,
sin que ninguno me viera!
(Creyendo oir algun ruido.)
¿Qué rumor...? ....Me habré engañado.
Adelante.... No resisto
á mi deber....
(Llega á la derecha del foro, y retrocede espantada.)
¡Ah!... ¿Qué he visto?
¡Ay Berenguer desdichado!

ESCENA VIII.

DICHA: PEDRO.—Éste viene por la derecha del foro, á paso lento, ensimismado: no repara en Almodis.

PEDRO. Respóndeme, corazon:
¿qué razon te mueve así
contra un padre?... ¡Vos aquí! (Ve á Almodis.)
(¡Yá comprendo la razon!)
ALMOD. ¡Pedro!
PEDRO. Señora....
ALMOD. ¡Aquí estais!
PEDRO. ¡Nos encontramos los dos!
ALMOD. ¿Qué estais haciendo aquí vos?
PEDRO. ¡Y vos me lo preguntais!
ALMOD. ¿No sabeis...?
PEDRO. Todo lo sé. (Rápido.)
ALMOD. Entónces.... ¡sospecha horrible!
Nó, Pedro, nó: es imposible
lo que sospecho....
PEDRO. ¿Y por qué?
¿Alguno, que nos vendió,
os hizo entrar de este modo...?
ALMOD. Sí, Pedro, sí. ¡Lo sé todo!

PEDRO. ¡Todo!
ALMOD. Sí. ¡Matadme!
PEDRO. ¿Yo?
¡Almodis, qué injusta y fiera
os mostrais siempre conmigo!
Aunque por mi mal, bendigo
la ocasion que aquí os trajera.
Sé que, hablando, me sentencio
yo mismo.... ¡Maldita suerte!
Mas si el hablar me da muerte,
tambien me mata el silencio.
Luégo, yo os debo decir (Decidido.)
mis sentimientos ahora,
que, en todo caso, señora,
siempre es tiempo de morir.
ALMOD. Nó, Pedro.... ¿Qué me diréis
que disculpe vuestro error...?
PEDRO. Señora.... ¿por un traidor
solamente me teneis?
ALMOD. No comprendo....
PEDRO. Vos causais
las penas que me dominan....
¡y los demás adivinan
lo que vos no adivinais!
ALMOD. Os ruego....
PEDRO. Almodis, yá es tarde.
ALMOD. ¡Silencio!
PEDRO. (Con enérgica decision, rompiendo por todo.)
Sé que os agravio,
pero hoy va á decir mi labio
cuanto ha callado cobarde.
Mi vida ha sido una historia
de horrible dolor eterno.
¡Llevo en mí mismo un infierno
y miro, desde él, la gloria!
Algun encanto, quizás,
el cielo ha querido daros,
pues cuando más pienso odiaros,
os amo, señora, más.

ALMOD. ¿Así, que yo soy la esposa (Con indignacion.)
de vuestro padre, atrevido
olvidais?

PEDRO. (Con explosión.) ¡Que si lo olvido!
Esta pasion poderosa,
irresistible, violenta,
que á declararos hoy llego,
es, señora, como el fuego
que en un bosque se alimenta.
Dándoles rojos matices,
van consumiendo las llamas
primero débiles ramas,
luégo troncos,... y raices....
¡Y el fuego veréis crecer,
que sólo apagarse puede
cuando yá ni una hoja quede
en el bosque por arder!

ALMOD. ¡Me espantais!

PEDRO. ¿Os mueve á horror
lo que siento?

ALMOD. ¡Desdichado!

PEDRO. ¿Qué mucho?... ¡Horror me ha causado
á mí tambien este amor!
Cuando nació pretendí
vencerlo.... ¡Vana locura!

ALMOD. ¡Vos!

PEDRO. Sí. ¿Pensais, por ventura,
que, sin luchar, sucumbí?
Contra él mi propia razon
sostuvo batalla fiera;
mas yo no sé la manera (Con desaliento.)
de vencer el corazon.

ALMOD. ¡Callad!... ¿Qué me estais diciendo?
¿Y os escucho todavía?

PEDRO. Es que mi amor cada dia
va creciendo, va creciendo.
Fuente es el agua al brotar
de un peñasco duro y frio,
luégo arroyo, y luégo rio

que se confunde en el mar.

ALMOD. ¡Y áun contengo mis enojos
después de lo que me hablásteis!
No sé, Pedro, cómo osásteis
á poner en mí los ojos.
¿Y es posible...? ¡Qué baldon!
¿En mí qué pudísteis ver
que en vos hiciera nacer
esa adúltera pasion?

PEDRO. Mi espíritu avasallando,
no pude yá contenerla.

ALMOD. ¡Si no supísteis vencerla,
debísteis morir callando!
Y evitáramos, al darla
al olvido, al encubrirla,
vos, el pesar de decirla,
yo, la injuria de escucharla.
Decidme que mis oidos
no oyeron.... que nada sé:
decidme que todo fué
ilusion de mis sentidos:
que me quisísteis probar, (Con esperanza.)
tal vez de mi honra dudando....
¡Decidme que estais soñando
y que vais á despertar!

PEDRO. Señora, es la vez primera (Con firmeza.)
que de mi amor el empeño
os declaro.... ¡Si es un sueño,
nunca despertar quisiera!
No dudeis. Cierto es mi amor,
y yá mi labio os lo dijo.

ALMOD. ¡Berenguer, tu propio hijo
intenta manchar tu honor!

ESCENA IX.

DICHOS: BERENGUER, por la segunda puerta izquierda.

BERENG. ¡Con que era verdad!
ALMOD. ¡Tú!
BERENG. ¡Calla!
PEDRO. ¡Mi padre!
BERENG. Tu padre, sí,
que por su honor viene aquí,
donde perdido lo halla.
ALMOD. ¡Berenguer!
BERENG. Si no supiera,
en la angustia en que me agito,
mi afrenta y vuestro delito,
vuestro terror lo dijera.
ALMOD. Berenguer, te han engañado.
BERENG. Lo sé todo.
ALMOD. No adivino....
BERENG. ¿Nó...? Mira este pergamino (Muéstralo.)
en tu cámara encontrado.
«Esta noche—dice así— (Lee.)
»en el castillo del Puerto
»aguardan—á leer no acierto—
»á la Condesa....»
ALMOD. ¡Ay de mí!
BERENG. Y vengo al castillo: al pié
del muro á Bernardo encuentro:
me guia, llego aquí dentro,
y en hora fatal llegué.
ALMOD. ¿Y nada habrá que destruya
tu error, cuando decidida
vine á dar mi propia vida
sólo por salvar la tuya?
BERENG. Disculpas, Almodis, son
las tuyas, que no me engañan:
siempre al delito acompañan
la mentira y la traicion.

ALMOD. ¡Berenguer!
PEDRO. ¡Padre!
BERENG. ¿Qué hiciste?
¡Él es quien mi oprobio labra,
él!
PEDRO. Señor....
BERENG. ¡Ni una palabra!
¡Ay, Pedro...! ¿Por qué naciste?
Sin que tu labio la acuse,
comprendo su ingratitud....
ALMOD. ¡Berenguer!
BERENG. ¡Honra, virtud,
mirad en qué parte os puse!
Terror soy de los infieles,
á mi pueblo engrandecí,
nunca mi frente rendí
al peso de mis laureles,
y sin gloriosos destellos
se inclina á la tierra ahora,
porque esta injuria traidora
pesa más que todos ellos.
Venganza piden sangrienta
mis agravios, mis enojos....
¡Debieran cegar los ojos
que miran su propia afrenta!
ALMOD. ¿Quién, en su locura impía,
te hizo pensar que te ofende
Almodis?
BERENG. ¡Quien no me vende!
ALMOD. ¿Quién...?
BERENG. ¡La voz del alma mia!
ALMOD. La voz de tu alma no augura
de tu honra el triste naufragio,
pero esa voz es presagio
de una horrible desventura.
BERENG. ¡Acaba!
ALMOD. Sé que te aflijo....
PEDRO. ¡Almodis!
BERENG. ¡No calles, nó! (Rápido.)

ALMOD. ¡Para defenderme yo
debo acusar á tu hijo!
BERENG. ¡Almodis!
ALMOD. Lo digo, sí.
Ahí le tienes: encubierto
vino al castillo del Puerto
á conspirar contra tí.
BERENG. ¿Será verdad...? (Con cierta alegría.)
ALMOD. En tu trono
audaz la mirada puso....
BERENG. ¿Será cierto...?
ALMOD. Yo le acuso,
y nada dice en su abono.
PEDRO. Esas palabras aleves.... (Confuso, anonadado.)
ALMOD. ¡Desmiéntelas!
BERENG. (Con ansiedad.) ¡Habla!
ALMOD. ¡Que hable!
PEDRO. Yo....
ALMOD. ¡No hablará!
BERENG. (Á Pedro, convencido de que es cierta la acusacion.)
¡Miserable!
¡Yá no lo dudo...! ¿Y te atreves...?
¡Ay, este nuevo dolor
se parece á una alegría!
¡Mayor desdicha temia
que la de hallarle traidor!
ALMOD. No lo dudes: yá lo ves,
la traicion aquí le trae.
BERENG. ¡Y no hablas!
PEDRO. Yo....
ALMOD. Pedro, cae,
arrepentido, á sus piés.
PEDRO. ¡Dejadme, dejadme digo! (Con rudeza.)
Basta yá.... (¡Qué humillacion!)
BERENG. ¿No quieres ni mi perdon...?
Huye, pues, hijo enemigo,
de mi vista.... Es bien que huyas,
pues dudo, entre tantas penas,
si la sangre de mis venas

corre tambien por las tuyas.
Si nadie hubiera advertido (Muy bajo.)
que tal deshonra en tí quepa,
Pedro, que nadie la sepa....
(Dominando su emocion.)
¡Yo tampoco la he sabido!
(¡Ay, ojalá!)

ALMOD. (¡Qué tormento!)

BERENG. Huye, Pedro...

PEDRO. (¡Alma, confia!)

BERENG. ¿Qué tardas...?

PEDRO. (Yéndose lentamente, por la derecha del foro.)
(¡El nuevo dia
será sangriento.... sangriento!)

ESCENA X.

ALMODIS, BERENGUER.

ALMOD. Berenguer....

BERENG. ¡Noche fatal!

ALMOD. Está en peligro tu vida....

BERENG. Él huye, pero en la herida
deja clavado el puñal.

ALMOD. Yá ves la verdad desnuda:
tus vanos celos desecha....

BERENG. ¡Puede tanto una sospecha!
¿Sabes tú lo que es la duda?
Es el mar, que no desmaya,
incansable, embravecido,
que, mil veces repelido,
mil veces vuelve á la playa.

ALMOD. ¡Berenguer!

BERENG. Y se detiene
en la orilla, á su pesar....
¡Pero la duda es un mar
que orillas, tal vez, no tiene!

ALMOD. Berenguer, cálmate y mira (Rápido.)
el riesgo en que aquí te pones.
Potestades y barones,

ardiendo en injusta ira,
requieren las armas yá,
y con villana arrogancia
vendrán á esta propia estancia
á darte muerte quizá.

BERENG. ¡Que vengan! Yo no me arredro....

ALMOD. Están dentro del castillo,
y es, además, su caudillo.... (Suspéndese.)

BERENG. ¿Quién es?... ¿No respondes?... ¡Pedro!
(Comprendiéndolo.)

ALMOD. Pedro, sí.

BERENG. ¡Me causa horror
mirar juntos tantos males!

(Suenan dentro ruidos de pasos, voces y armas, aunque muy leves, sin interrumpir el diálogo.)

ALMOD. Tus vasallos desleales
se acercan.... ¿No oyes rumor?
¡Con ellos, en vil concierto,
tu hijo te viene á buscar!

BERENG. ¡Yá no me puede matar;
de ver su infamia estoy muerto!

ESCENA XI.

DICHOS, BERNARDO, por la izquierda del foro.—Luégo BLANCA, GUILLERMO y ROCABERT.
NOBLES y SOLDADOS.

BERN. Señora....

ALMOD. Llega, Bernardo.

BERN. Como en vano os esperé,
con los guardias aquí entré.

BERENG. ¿Qué has hecho?

BERN. Dije.... ¿á qué aguardo?
Ahora prendo á esos traidores
y salgo así de este afan....
Y prendiéndolos estan.

ALMOD. ¿Resisten?

BERN. No haya temores.
Huyen.

BERENG. Bernardo, deseo

que todos queden con vida.
Corre á evitar en seguida....

BERN. Voy.

BERENG. ¡Corre!

(Algunos nobles, perseguidos por soldados, atraviesan la galería del foro, de derecha á izquierda, desapareciendo con rapidez.—Guillermo, Rocabert y Blanca la atraviesan tambien, con el mayor despacio posible, presos entre un grupo de soldados que llevan antorchas encendidas.—La figura de Blanca debe destacarse mucho.)

BERN. ¡Mirad!

BERENG. ¡Qué veo!

ALMOD. ¡Una mujer!

BERENG. (Con espanto y la mirada fija en Blanca.)
(Ella.... sí....
¡No ha muerto!)

ALMOD. (Al verla ha temblado.)

BERENG. ¡Noche horrenda! ¡Hasta el pasado
se levanta contra mí!

(Fórmese el cuadro que la situacion requiere: cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de armas del castillo: puerta grande, de entrada, al foro, y dos laterales á la derecha: á la izquierda un trono de pocas gradas, con dosel.—Panoplias, trofeos de armas y banderas convenientemente distribuidos.—Procúrese dar á todo el decorado la tosca rudeza de los siglos medios.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO.

Yá ante los rayos del sol,
se aleja la oscura noche.
Ni un instante de sosiego
me dejan estos traidores;
y velando, hora tras hora,
en los muros y en las torres,
vigilando, sin reposo,
las puertas de las prisiones,
que estos cuidados exigen
mi amor y respeto al Conde,
me sorprende el nuevo dia
y aumentan mis confusiones.
¿Quién podrá ser esa dama,
que conspira con los nobles?
Mi señor á su rüina,
por ser tan humano, corre....
¡Si mi consejo siguiera...!
Al que es traidor.... que le ahorque.

ESCENA II.

DICHO: ALMODIS, por el foro.

ALMOD. Bernardo....
BERN. Señora.... ¿vos
aquí, cuando apénas rompe
el sol las oscuras sombras?
ALMOD. No sé qué vanos temores
el corazon me atormentan,
fiel Bernardo, desde anoche.
¿No viste aquella mujer,
de grave y severo porte,
á cuya sola presencia
quedó Berenguer inmóvil?
¿Quién es, cuando así le turba?
¿Qué misterio aquí se esconde?
Esto adivinar quisiera....
BERN. No sé.... mi señor mandóme
que la honrase y la guardára,
mas no me dijo su nombre.
ALMOD. ¿Ramon Berenguer con ella
habló...?
BERN. ¡Sí habló!
ALMOD. Dime, entónces,
si algo escuchaste...
BERN. Tan sólo
rumor de apagadas voces,
que pareciéronme, acaso,
amargas reconvenciones,
ó amenazas. Mi señor
del aposento salióse,
donde ella quedó, y, turbado,
por salas y corredores
largo espacio vagó inquieto,
y con don Pedro encontróse.
Huyeron los dos, al verse,

cual fantásticas visiones;
como si fueran movidos
por un interior resorte,
murmurando el Conde quejas
y don Pedro maldiciones.

ALMOD. ¡Ay de mí! Presiento ahora
tantas desdichas.... Conoce
á esa dama Berenguer....
¿Qué es esto...?

BERN. Nada os importe.

ALMOD. Siento un afan misterioso
que no se acaba.... ¡Qué enorme
es el peso que me oprime
el corazon! No veloces,
si no muy lentas, las horas
han corrido de esta noche,
y el sueño ni un solo instante
vertió sobre mí sus dones.
Inquietudes y recelos
me desvelaron: de dónde
pueden nacer, yo lo ignoro;
mas pienso que se descorre
el velo que me ocultaba
de la vida los horrores.
Estos son presentimientos
que me acobardan....

BERN. ¡Que logren
afligiros de este modo
locas imaginaciones!
Señora, rudo soldado,
nacido en ásperos montes,
que á los hijos de Mahoma
invencible muro oponen,
no entiendo yo de esas penas
que oprimen los corazones,
pues las armas, desde niño,
fueron todos mis amores,
y sólo entiendo de asaltos,
de batallas y de golpes.

Pero soy fiel.

ALMOD. Sí.

BERN. Decidme....
¿qué teneis que os acongoje?
¿No están el abad de Rípoll
y Rocabert y otros nobles
en lóbregos calabozos...?
¿No ha de juzgarlos el Conde
mi señor, hoy, aquí mismo,
castigando sus traiciones?
¿Qué temeis...? ¿No está guardado
el castillo por mis hombres?

ALMOD. Nada temo; mas quisiera,
para calmar mis terrores,
ver á esa dama, Bernardo,
y saber sus intenciones.

BERN. Pues la veréis, si con esto
os contentais.

ALMOD. Pronto.... corre,
y tráela á éste sitio.

BERN. Al punto.

ALMOD. No le digas que es Almodis
quien la llama. Cuando acabe
yo de hablar con ella, entónces,
la volverás á su estancia....

BERN. Voy á cumplir vuestras órdenes.
(Váse por el foro.)

ESCENA III.

ALMODIS.

¿Quién será...? ¿Por qué mi esposo,
al mirarla, se turbó?
¿Por qué, desde que la vió,
no tiene paz ni reposo?
Esa mujer.... ¿Si vendria,
llena, tal vez, de ambicion,
á robarme el corazon
donde yo reinar solia?

ESCENA IV.

DICHA: BLANCA.—BERNARDO queda en la puerta del foro y desaparece á una señal de Almodis.

ALMOD. (Aquí está.)
BLANCA. ¿Sois vos, señora,
la que venir me ha ordenado?
ALMOD. Yo soy quien os ha llamado.
BLANCA. ¿Y qué me quereis ahora?
¿Quién sois vos?
ALMOD. (Disimulando.) Soy... una dama,
que de vos compadecida,
viendo en riesgo vuestra vida,
para defenderla os llama.
BLANCA. (¡Qué soberbia!)
ALMOD. (¡Qué altivez!)
Y vos.... ¿quién sois?
BLANCA. ¿Yo...? ¿Quién soy?
Tan sólo una mujer hoy:
mañana reina tal vez.
ALMOD. ¡Reina!
BLANCA. Sí. ¿Qué os maravilla?
Nubes el sol oscurecen,
pero al fin desaparecen
y más el sol luégo brilla.
Hoy vuestra mente no acierta
mis palabras á entender....
ALMOD. ¿Pero sois...?
BLANCA. Una mujer
á quien tuvieron por muerta.
ALMOD. ¡Por muerta!
BLANCA. Sí.... Una corona,
arrancada de mi frente,
vengo á recobrar valiente....
ALMOD. ¿Vos?
BLANCA. Sí.
ALMOD. ¿Dónde?
BLANCA. En Barcelona.

ALMOD. ¡Cómo! ¿En Barcelona?
BLANCA. Allí
hasta el trono me elevaron:
como muerta me juzgaron,
se han olvidado de mí.
ALMOD. ¡Á eso venís!... Loca está (Con desprecio.)
quien de tal modo responde.
Pues ¿no es la esposa del Conde
doña Almodis?
BLANCA. Sí será.
ALMOD. Pues siendo ella la Condesa,
¿cómo habeis de serlo vos?
BLANCA. Mucho, señora, por Dios,
Almodis os interesa.
ALMOD. Más de lo que imaginais.
BLANCA. (¿Quién será...?)
ALMOD. (¡Cuánto sospecho!)
BLANCA. No tiene Almodis derecho
al trono.
ALMOD. Vos lo pensais.
BLANCA. Lo sé.
ALMOD. ¿Quién lo tiene?
BLANCA. Yo.
ALMOD. ¿Vos, señora?
BLANCA. Yo lo tengo.
ALMOD. ¿Y venís por él?
BLANCA. Sí vengo.
ALMOD. ¿Quién sois?...
BLANCA. Quien en él vivió.
ALMOD. No será vuestro.
BLANCA. Será.
ALMOD. Nó....
BLANCA. ¿Pensais?...
ALMOD. Que estoy yo aquí.
BLANCA. Pues....¿ha de ser vuestro?
ALMOD. Sí.
BLANCA. ¿Quien sois?...
ALMOD. Quien en él está.
BLANCA. ¡Acabemos!

ALMOD. Sed más franca.
BLANCA. Vuestro nombre....
ALMOD. Me diréis
el vuestro....
BLANCA. Sí.... Vos seréis....
ALMOD. Seréis vos....
BLANCA. ¡Yo, doña Blanca!
ALMOD. ¡Yo, Almodis!
BLANCA. ¡Ella!
ALMOD. ¡Gran Dios!
¡Doña Blanca!
BLANCA. ¡Mi rival!
ALMOD. ¡Sólo para nuestro mal
nos conocemos las dos!
(Páusa larga, durante la cual se contemplan.)
BLANCA. Aquí, con la frente erguida,
arrostro vuestra mirada;
sois vos la esposa adorada
y yo la esposa ofendida.
Tan alta cual vos me ví:
la nobleza está en mi abono
y vengo por ese trono
que me habeis robado á mí.
ALMOD. ¿Yo?... Nunca: muerta os creia
al unirme á Berenguer,
y jamás pude saber
que doña Blanca vivia.
No ambicion devoradora
hácia el Conde me llevaba;
era el amor, que le amaba
con toda el alma, señora.
Sólo por amarle lucho,
y el amar no tiene pena....
¡Dios, siendo Dios, no condena
por haber amado mucho!
BLANCA. Yo ceñiré la corona:
á decíroslo me atrevo;
yo, Almodis, seré, de nuevo,
Condesa de Barcelona.

ALMOD. Vuestro labio me declara
que ser Condesa quereis;
ni sé qué razon teneis,
ni qué derecho os ampara.
¿Sois, quizás, la que ha velado
junto al Conde noche y dia;
la que con él compartia
las fatigas del Estado?
¿Vestido de duras mallas,
reclinóse en vuestro seno?
¿Limpiásteis su rostro, lleno
del polvo de las batallas?
¿Pusísteis el firme pecho
entre el Conde y un traidor...?
Esto, Blanca, hizo mi amor....
Pero vos.... vos.... ¿qué habeis hecho?

BLANCA. Almodis infortunada,
debeis, sin tregua, llorar,
que os va el Conde á repudiar.

ALMOD. ¿Qué decís...? ¿Yo, repudiada? (Con asombro.)
¿Yo...?

BLANCA. Termínase el imperio
que sobre el Conde ejerceis,
y del trono bajaréis
acusada de adulterio.

ALMOD. ¡Calumnia vil!

BLANCA. Del castigo
la hora tremenda ha sonado,
y así, de vos separado,
se unirá el Conde conmigo.
Pedro os acusa....

ALMOD. (Con espanto.) ¡Qué horror!
¡Pedro!... ¡Villana impostura!
¡Para matar mi ventura
la muerte dan á mi honor!

BLANCA. ¿Por qué, con tanta inquietud, (Con ironía.)
si es falso, llorais aquí?

ALMOD. ¡Para que aprendais de mí (Con dignidad.)
cómo llora la virtud!

¿Creerá Berenguer...? ¡Terrible
es esta prueba, Dios mio!
No lo creerá, nó.... Confio
en su amor.... ¡Si es imposible!
Berenguer no ha de culparme, (Reflexionando.)
que, al fin, la calumnia artera
conocerá.... mas.... ¡si fuera (Aterrorizada.)
que yá ha dejado de amarme!

BLANCA. No dudeis: golpe tan rudo
toda ilusion os arranca.

ALMOD. ¿Que yo no lo dude...? ¡Blanca,
si vivo porque lo dudo!
(El repudio, con valor, (Ocurriéndosele la idea.)
voy yo misma á pretender....
Sólo así podré saber
si el Conde me tiene amor.)

BLANCA. ¿No cedeis?

ALMOD. Yo nunca cedo,
nunca.

BLANCA. ¿Esperais que os destrone?

ALMOD. ¡Ay, Blanca.... Dios os perdone,
que yo no puedo.... no puedo!
(Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA V.

BLANCA.—Luégo PEDRO, por el foro.

BLANCA. Profunda ha sido la herida;
clavada llevas la flecha:
pronto verás la sospecha
en realidad convertida.

PEDRO. Señora.... (Sombrío y receloso.)

BLANCA. ¡Don Pedro!.... ¿Vos
libre y dentro del castillo?
¿Quizás, que sois el caudillo
ignoran?

PEDRO. Lo saben dos.

BLANCA. ¿Vuestro padre...?
PEDRO. Y la Condesa.
Ninguno mandó prenderme,
y este olvido ha de valerme
para triunfar en la empresa.
BLANCA. Pero anoche....
PEDRO. Quise huir,
y hallé el castillo guardado
con rigor tan extremado,
que fué imposible salir.
Luégo se ha de celebrar
el juicio.... yá lo sabeis.
Para salvarnos, debeis
á la Condesa acusar. (Con esfuerzo.)
Demostrad en la ocasion
seguridad y firmeza:
Hugo, el abad, la nobleza
mantendrán la acusacion
de adulterio...
BLANCA. Así lo haré.
Yo acepto mi sacrificio:
ante el Conde, en el juicio,
á Almodis acusaré.

ESCENA VI.

DICHOS: BERNARDO, en la puerta del foro: no pasa de ella.

BERN. Señora, venid: yá es tarde....
(¡Fué la otra esposa!)
BLANCA. ¿Si á vernos (Á Pedro.)
llegó...?
PEDRO. No pudo entendernos.
BLANCA. Á Dios quedad.
PEDRO. Él os guarde.
(Vánse Blanca y Bernardo por el foro.)

ESCENA VII.

PEDRO.

¿Y aún dudo...? ¿Pues yo no la amo,
sin que ella me compadezca?
¿Qué importa que la envilezca
cuando por ella me infamo?
Será, de esta dicha, eterno
el recuerdo en mi memoria:
un solo instante de gloria
bien vale todo un infierno. (Páus.)
¡Funesta pasion, nacida
donde nacer no debiera,
no me atormentes...! Quisiera
aprender cómo se olvida.
¿Por qué no fué el pecho mio,
para esta pasion aleve,
firme roca, helada nieve,
duro bronce ó mármol frio?
Yá es imposible olvidar,
porque olvidar es morir;
yo necesito vivir,
y para vivir, amar.
La amé, para mi dolor, (Recordando.)
siendo niño todavía,
y al tiempo que yo crecia
iba creciendo este amor.
¡Amor inmenso, profundo,
terrible, desesperado,
y, ay de mí, tan desdichado
cual jamás lo hubo en el mundo!
(Páusa larga, durante la cual demostrará, de una manera muda, los distintos sentimientos con que lucha su alma.)
Si un rayo á mis plantas cae,
lo miro yo, sin desmayo,
y sé que la luz del rayo
me mata cuando me atrae.
Es mi amor la luz siniestra

del rayo, que, á un tiempo mismo,
brilla y muere, que el abismo
tan sólo á mis ojos muestra.
Al huir, con celeridad,
su resplandor fugitivo,
deja la noche en que vivo
sumida en la oscuridad.
No te apagues, luz, que pueblas
de sueños mi corazon,
que, despues de la luz, son
más horribles las tinieblas.
Yo, de estos rudos combates
salir quiero vencedor....
¡Luz del rayo de mi amor,
alúmbrame, aunque me mates!

(Queda abstraido en sus reflexiones, sin ver á Berenguer, que entra lentamente por el foro y se sorprende al encontrarlo.)

ESCENA VIII.

DICHO, BERENGUER.

BERENG. ¡Pedro!
PEDRO. (¡Mi padre!)
BERENG. ¡Aquí estás!
Pedro.... ¿por qué no has huido,
por qué no te has escondido
donde no te mire más?
PEDRO. Padre, la culpa no es mia,
que es mi estrella la culpada.
BERENG. ¡Estrella bien desdichada
la que tocarte debia!
Pretendes quejarte de ella (Con desprecio.)
con desesperado alarde....
Nó, Pedro.... Sólo un cobarde
no sabe vencer su estrella.
PEDRO. Recordad que, cuando niño,
miedo me habeis inspirado,
que yo jamás he gozado
las ternuras del cariño.

Recordad que luégo hicísteis
mi desventura más cierta;
que, apénas mi madre muerta,
extraña madre me dísteis.
Si alguna vez, por ventura,
os daba un abrazo estrecho,
nunca abracé vuestro pecho,
y siempre vuestra armadura.
De acero, al chocar con ella,
volvióse mi pecho fiero....
¿y acero contra el acero
no ha de engendrar la centella?

BERENG. ¡Ingrato!... Sólo por tí
las duras mallas vestia:
once años, once, tenía
yo, cuando al trono subí.
Fué la corona, que ciño,
de mil ambiciosos presa.
¡Tú no sabes cuánto pesa
sobre la frente de un niño!
Se han ocupado estos brazos,
cubiertos siempre de acero,
en darte un condado entero;
yo lo recibí en pedazos.

PEDRO. No temais á mi ambicion,
porque jamás la he tenido.

BERENG. Yo te busco arrepentido
para darte mi perdon.
De un padre el amor ardiente
es fuente que no se agota:
cuando da la última gota
vuelve á nacer otra fuente.

PEDRO. Padre, nos separa Dios,
y no resisto á su imperio.

BERENG. ¿Qué dices?

PEDRO. ¡Que hay un misterio
que nos separa á los dos!

BERENG. ¡Dílo!

PEDRO. En vano lo esperais.

BERENG. Así aumentas mis recelos.... (Páusa.)
¡Mal adormecidos celos, (Muy bajo.)
cómo otra vez despertais!
PEDRO. (¿Qué he dicho...?)
BERENG. Nó, nó: me engaño.
Almodis.... ¡Calumnia horrible!
Amándote, es imposible
que quiera tu propio daño.
Ella misma te acusaba
y tu traicion descubria....
¡Tú mientes, que no podia
acusarte, si te amaba!
Pasiones viles te mueven
cuando de su mal te alegras....
¡Siempre las nubes más negras
al sol más limpio se atreven!
PEDRO. Alguien llega....
BERENG. Sí.... Tal vez
esos traidores.... Yá es hora.
Falto á la justicia ahora
por no erigirme en tu juez.
(Llevándolo, muy conmovido, á la primera puerta de la derecha.)
Ocúltate.... ¡Viendo estás,
que, á veces, con alma ingrata,
un hijo á su padre mata,
y un padre á un hijo.... jamás!
PEDRO. Padre....
BERENG. Pronto, por mi nombre,
ocúltate....
(Empuja á Pedro, que se resiste á entrar, y una vez dentro ésta, cierra la puerta.)
No me ven....
¡Que no sepan que tambien
tengo flaquezas de hombre!

ESCENA IX.

DICHO: BLANCA, GUILLERMO, ROCABERT, BERNARDO, NOBLES, GUARDIAS, por el foro.—Estos custodian á los prisioneros, vigilan las puertas y se colocan alrededor del trono.

BERN. Señor, á vuestra presencia
comparecen doña Blanca,
Guillermo el abad de Rípoll
y Rocabert.

BERENG. (Siéntase en el trono.) Que mis guardias
la estancia, al punto, custodien. (Hácese.)

BERN. (Colocándose al pié del trono.)
Yá queda bien custodiada.

BERENG. (A Blanca, Guillermo y Rocabert, que le obedecen.)
Llegad. Acercáos. Decidme:
¿qué agravios, ó qué esperanzas,
contra el Conde soberano
os hacen tomar las armas?
Yo he sido terror y asombro
de las huestes musulmanas:
de la heróica Cataluña
las cuatro sangrientas barras
conmigo entraron triunfantes
por los condados de Francia,
y en los campos andaluces
las vió Córdoba espantada.
Todavía en mis cabellos
no asoma indiscreta cana,
y yá *El Viejo* mis vasallos
por mi prudencia me llaman.
Yo el Condado engrandecí;
yo os doté de leyes sábias....

ROCAB. Los Usajes, que sus fueros
á la nobleza arrebatan.

GUILL. ¿Qué valen todas las glorias,
Berenguer, qué os acompañan,
si vivís bajo el amago
de la celestial venganza?

BLANCA. Mírame: yo soy aquella
que, del trono separada,
hasta hoy vivió tan oculta
que muerta yá la juzgaban.
Soy tu esposa.
GUILL. El pueblo todo
por su Condesa la aclama.
ROCAB. Al trono vuelva de nuevo.
GUILL. Almodis sea repudiada.
BERENG. ¡Almodis!
GUILL. Sí.... No merece
el trono condal....
ROCAB. Nó....
BERENG. Basta.
GUILL. Es el repudio de Almodis
la salvacion de la Pátria.
BLANCA. Berenguer, esto tan sólo
la nobleza te reclama,
que así cumple al honor tuyo.
BERENG. ¿Á mi honor? (Agitadísimo.)
GUILL. Que en lenguas anda.
BLANCA. La córte barcelonesa
murmura....
BERENG. ¿De qué?
BLANCA. ¡Me espanta
tu ceguedad!
BERENG. ¿Qué dijiste?
BLANCA. Que murmura....
BERENG. Sigue.... ¡Calla!
(¿Será verdad...? ¡Qué insensato!
Así de rendirme tratan.)
Callad, que si la calumnia (Tranquilo.)
tanto al que la piensa infama,
es más grande todavía,
cuando la dice, su infamia.
BLANCA. El amor que le profesas
te tiene ciego.
GUILL. Os halaga
más la mentira, por dulce,

que la verdad, por amarga.

BERENG. (¡Ay de mí! Dudas, temores,
recelos, desconfianzas,
por la herida que aquí abren
sus flechas envenenadas,
vuelven á entrar en mi pecho
y el corazon me desgarran.)
¡La acusais.... y á defenderla
ninguna voz se levanta! (Páusa.)

GUILL. Ninguna.

BERN. Yo, con la mano (Impetuosamente.)
puesta en la cruz de mi espada,
os juro que todos mienten,
que son calumnias villanas,
indignas de los barones
que peinan honradas barbas.

BERENG. ¡Bernardo! (Con alegría.)

BERN. Yo lo sostengo
con el hierro de mi lanza:
quien mantenga lo contrario
al campo conmigo salga.
Apelo al juicio de Dios:
hora decid, sitio y armas.

ROCAB. Berenguer, si no sostiene
ninguno aquí sus palabras,
no es porque tema cobarde;
porque atiende á vuestra fama.

GUILL. Muy cerca vive del trono
el que vuestro honor ultraja.

BERN. ¡Ah, señor! Mirad que os venden,
mirad, señor, que os engañan.

BERENG. No lograrán sus designios,
y sus traiciones malvadas
castigaré.

GUILL. ¿Repudiais
á Almodis?

BERENG. ¿Yo repudiarla?
¡Por San Jorge mi patron!
Yo la adoro, ella me ama....

¡Si ardió un reino por Florinda,
otro por Almodis arda!

ESCENA X.

DICHOS: ALMODIS, por el foro.

ALMOD. ¡Nó, Berenguer!

(Movimientos de sorpresa y asombro en todos: Berenguer baja del trono, Almodis viene al proscenio.)

BERENG. ¡Cómo...! ¡Almodis!
(¿Qué es esto...?)

ALMOD. Yo, resignada,
sabiendo que todos quieren
por Condesa á doña Blanca,
yo, Berenguer, te aconsejo
que me repudies.

BERENG. ¡Tú...! Acaba....

ALMOD. Así la vida aseguras
y trono y corona salvas.

BERENG. Tú misma, tú me aconsejas....
(¿Qué es esto que por mí pasa?)

GUILL. Yá veis, señor, que renuncia,
quizás del cielo inspirada,
la Condesa el trono.

BERENG. Sí....

BLANCA. (Ella....)

ALMOD. (Las fuerzas me faltan.)

BERENG. Dí: ¿qué reptil ponzoñoso
enturbia la fuente clara
de mi amor...? ¿Qué pensamientos
así tu valor quebrantan?

ALMOD. Berenguer, quiero librarte
de los males que te aguardan.

BERENG. No temas: gigante roca
á orillas del mar se alza;
las espumas la salpican
y pretenden horadarla....
y seca el sol las espumas
y la roca sigue alzada.

¡Tú misma que te repudie
me pides...! ¿Cuál es la causa...?
(¡Qué rayo de luz me hiere!)
No me respondas.... (¡Me engaña!)

ALMOD. ¿Qué sospechas?

BERENG. Salid todos,
ménos tú. (À Almodis.)

BERN. (À Almodis, con rapidez, señalando el foro.)
Yo, en esa estancia,
me quedaré vigilando....

ALMOD. (Se ha logrado mi esperanza.)

(Blanca, Guillermo, Rocabert, Bernardo, los nobles y los guardias desaparecen lentamente por el foro, figurando los tres primeros que hablan entre sí. Berenguer los mira salir con impaciencia.)

BERENG. Yá salen.... Yá no hay testigos (À Almodis.)
ahora....

ALMOD. (Con íntima satisfaccion y alegría.)
(He triunfado.... ¡Me ama!)

(Registra Berenguer la escena y persuadido de que está solo con Almodis, viene á su lado.)

ESCENA XI.

BERENGUER, ALMODIS.

BERENG. (El fuego de mis enojos
abrasará el mundo entero....)
Mírame, Almodis: yo quiero
ver la verdad en tus ojos.
Mírame.... más....

ALMOD. Berenguer....

BERENG. ¿De qué me sirve mirar...?
Lo que quiero adivinar
en ellos no puedo ver.
Sé qué intencion te ha guiado
pidiendo el repudio aquí....
Huyes de mi lado, sí, (Con seguridad.)
por ir de un amante al lado.

ALMOD. Nó, nó.... Blanca, en su furor,
me dijo que á ella te unias,

que tú me repudiarias,
y quise probar tu amor.
Abandonarte he fingido....
¡Yá de la prueba me espanto!
Sí, Berenguer.... ¡Temí tanto
que en ella fueras vencido!

BERENG. Almodis, tú no eres franca
con tu esposo.... Tú mentiste.
¿Cómo suponer pudiste
que yo amase á doña Blanca?

ALMOD. Yo, batallando conmigo,
Berenguer, dudé un momento,
porque el propio pensamiento
es el mayor enemigo.

BERENG. Tú mientes.

ALMOD. No miento, nó,
en este terrible instante....
¿No me conoces bastante
para saber quién soy yo?

BERENG. Lo sé.... ¡y para que concluya
mi deshonra desmedida,
voy á quitarte la vida!

ALMOD. ¡Tómala; si toda es tuya!

BERENG. Desgarradora verdad
pone fin á mis desvelos:
las sospechas de mis celos
conviértense en realidad.

ALMOD. Hijos de vana ilusion
serán tus celos.... ¡Me asombras!
Tú caminas entre sombras,
pues las sombras celos son.
Por eso la noche fria
vestida de sombras viene,
que son los celos que tiene
de la clara luz del dia.

BERENG. Por sombras los he tomado (Con amargura.)
y resplandores han sido:
no hay padre más ofendido
ni esposo más agraviado.

Yo me vengaré de tí
y de tu cómplice impío....
¿Piensas que el ser hijo mio (Con ferocidad.)
le ha de salvar...?

ALMOD. (Con espanto.) ¡Tu hijo!

BERENG. ¡Sí!
Sí, Pedro.... El que mi hijo fué
y hoy me deshonra y me vende....

ALMOD. ¡Es tu hijo!

BERENG. ¡Le defiende!

ALMOD. ¡Es tu sangre!

BERENG. ¡Yá lo sé!
¿Y qué...? ¡Si la sangre mia
mala y enferma estuviera,
para que toda saliera
las venas me romperia!

ALMOD. (Con energía y desesperacion.)
¡Óyeme!... No tu mirada
fijes en mí con rencor...
¡Piedad, si no por amor,
merezco por desdichada!

BERENG. ¡Tú piedad! (Sarcástico.)

ALMOD. ¡Rendida llego
á tus piés, cuando me acusas,
y hasta escucharme rehusas!
¡Tú estás ciego.... tú estás ciego!

BERENG. La muerte, yo, en este dia,
ver solamente quisiera,
porque la muerte, siquiera,
pone fin á la agonía.
(Adoptando una resolucion extrema.)
Mas no importa: yo tambien
voy á ponérselo aquí....
(Aproxímase á la primera puerta de la derecha.)
¡Pedro!

PEDRO. (Dentro.) Señor....

ALMOD. (Con inmensa alegría.) ¿Está ahí...?
¡Me he salvado!

BERENG. Pedro, vén.

ESCENA XII.

DICHOS: PEDRO.

PEDRO. Señor....
BERENG. Pedro....
PEDRO. (¿Tiemblo ahora?)
BERENG. Confiésame su maldad.
ALMOD. Responded, sí.
BERENG. ¿No es verdad (Rápido.)
que la amas, que ella te adora?
¿Que Almodis no es inocente,
y el sepulcro habeis abierto
á mi honra los dos?
ALMOD. ¿No es cierto
que aquel que lo diga miente?
BERENG. ¡Habla!... Lo quiero saber.
ALMOD. Decid lo que yo os pregunto,
don Pedro.
BERENG. ¡Responde al punto!
PEDRO. (Después de vacilar algunos momentos.)
¡Yo no puedo responder!
BERENG. ¡Dílo, Pedro, dílo, aunque abra
tu labio en mí nueva herida!
ALMOD. ¡Ay! ¿Por qué la honra y la vida
dependen de una palabra?
¿No respondeis...?
BERENG. (Yá es más honda
esta sospecha....)
ALMOD. (Á Pedro.) Salvad
mi honra, mi dicha....
PEDRO. (Con rudeza.) ¡Apartad!
¿Qué quereis que yo responda?
¡Dejad que mi labio calle
y quede el volcan dormido,
que os matará su estallido!
BERENG. No te detengas.... ¡Que estalle!
ALMOD. En vuestra mano teneis (Suplicante.)

mi salvacion....

PEDRO. ¿Yo?

ALMOD. Jurad
que, aquí, sólo la verdad
ante mi esposo diréis.

PEDRO. Os lo juro. (Vacilando.)

ALMOD. (Con efusion.) ¡Gracias!

BERENG. Dí,
pues un juramento prestas,
¿la amas, Pedro?... ¿No contestas?

PEDRO. (Decidido á todo, con violencia y rapidez.)
¡La amo, padre!

BERENG. (Dominando su emocion, con angustia.)
¿Y ella.... á tí...?

PEDRO. (Turbado, sin atreverse á responder.)
Ella....

BERENG. ¡La respuesta dame!

PEDRO. (Demostrando la lucha interior que sostiene, con un esfuerzo supremo.)
Yo.... con la verdad la ofendo....
pero ella....

BERENG. ¡Sí.... te comprendo!
¡No me lo digas!

ALMOD. ¡Infame! (Á Pedro.)

BERENG. ¡Calla, infeliz!

ALMOD. ¡Que no veas
la horrible verdad!... ¡Mintió!

BERENG. ¡Imposible! ¡Lo juró!

ALMOD. ¡No, Berenguer, no lo creas!

BERENG. ¡Así mi honor sacrifican!
¡Quede mudo vuestro acento,
porque hay voces en el viento,
que la deshonra publican!

ALMOD. ¡En mí tu maldad se estrella! (Á Pedro.)

PEDRO. (¡Tengo vergüenza de mí!)

ALMOD. (Fuera de sí, á Berenguer, señalando á Pedro.)
¡Mátale!

BERENG. ¡Moriréis, sí!
¡Primero tú.... y luégo ella!

ALMOD. (À Berenguer, horrorizada de lo que ántes ha dicho.)
¡No me oigas!
(Aparece Bernardo en la puerta del foro.)
BERENG. (Desnuda la espada.) ¡Fatal destino!
PEDRO. (¿Cómo su cólera afronto?)
BERENG. ¡Defiéndete! (Amenazándole.)
PEDRO. (Inmóvil.) ¡Padre!
BERENG. ¡Pronto!
ALMOD. ¡Berenguer! (Procurando contenerle.)
BERENG. ¡Ó te asesino!

ESCENA XIII.

DICHOS: BERNARDO.

BERN. (Interponiéndose entre los dos.)
¡Señor...!
BERENG. ¡Mi deshonra vengo! (Apartándole.)
ALMOD. ¡Deténle! (À Bernardo.)
PEDRO. ¡La muerte aguardo!
BERN. (À Berenguer, viendo que va á herir á Pedro.)
¿Qué vais á hacer?
BERENG. (Deteniéndose, arrojando la espada al suelo y apoyándose en Bernardo.)
¿Yo...? ¡Bernardo!
BERN. ¿Qué teneis?
BERENG. (Con desesperacion.) ¡No sé qué tengo!
De la venganza es el dia.
Me uniré á Blanca, señora. (À Almodis.)
ALMOD. ¡Ah! (Queda anonadada.)
BERENG. Lleva á don Pedro, ahora, (À Bernardo.)
á la prision más sombría.
PEDRO. ¡Yo preso!
BERN. ¡Tanto rigor!
BERENG. Obedece.
PEDRO. No desmayo. (Con fiereza.)
¡Lanzó, entre nubes, el rayo
la tempestad del amor!
BERN. Venid. (À Pedro.)
BERENG. Su delito impío

castigue un perpétuo encierro....
(Vánse por el foro Pedro y Bernardo.)

ALMOD. ¡Berenguer!

BERENG. ¡Yo te destierro!
¡Yo te repudio! (Váse por el foro.)

ALMOD. (Cayendo de rodillas y mirando al cielo.)
¡Dios mio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del palacio condal de Barcelona: arquitectura románica. Puerta grande, de entrada, al foro, y dos laterales á la izquierda.—Á la derecha balcones, que estarán abiertos.—Escaños alrededor, uno de ellos entre las dos puertas de la izquierda, y adornos propios de la época.—Es media tarde: al alzarse el telon, salen por la segunda puerta de la izquierda damas y nobles, que cruzan la escena y se van por el foro: entre ellos, Guillermo y Rocabert, que bajan al proscenio.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, ROCABERT.

GUILL. Al fin, Rocabert, vencimos.
ROCAB. Nuestro es el triunfo.
GUILL. Sí. Apénas
empiece á extender la noche
su manto sobre la tierra,
en la capilla sagrada
de este palacio, en presencia
de Dios, que así nos ayuda,
ha de bendecir mi diestra
de doña Blanca y del Conde
la union suspirada y nueva.
ROCAB. En el término de un dia
da la fortuna mil vueltas:
hoy ha de ser soberana
la que era ayer prisionera,
y la que ayer en el trono
alzó la frente soberbia,
hoy, yá repudiada, oculta

su abandono y su vergüenza.

GUILL. Doña Almodis.

ROCAB. Doña Almodis,
que al Conde cubrió de afrentas.

GUILL. Fué repudiada ayer mismo:
yo pronuncié la sentencia.

ROCAB. El Conde, que es generoso,
de su lado la destierra.

GUILL. Yá ha partido para Francia....

ROCAB. Lo dicen, mas se sospecha
que está oculta en Barcelona.

GUILL. ¡En Barcelona!... ¿y qué espera?
Es imposible.... ¿No es cierto
su crímen, su infamia cierta?

ROCAB. Ramon Berenguer, de nuevo,
sus desposorios celebra
con Blanca, mas no la adora.

GUILL. Yá lo sé.

ROCAB. Vengarse intenta
de doña Almodis, haciendo
que toda esperanza pierda,
y el casamiento dispone,
por esto, con tanta priesa.

GUILL. Sus desposorios con Blanca
son la muralla que eleva
entre él y Almodis, y á un tiempo
satisface á la nobleza
con esa union; que, sin duda,
ganará mucho con ella.

ROCAB. Teneis razon.—Ahora, siendo
doña Blanca la Condesa,
deberémos exigirle,
al punto, que nos devuelva
los antiguos privilegios,
que nos cumpla sus promesas.

GUILL. Dejad que, primero, mire
por la suerte de la Iglesia,
dejad, ántes, que abolido
el rito romano sea,

y el rito gótico ahora
de nuevo se restablezca.

ROCAB. Los nobles tambien queremos
los fueros y las franquezas
que de honrados ascendientes
recibimos en herencia.
Si no se nos restituyen, (Amenazador.)
temed que empiece otra guerra:
áun vive el bravo guerrero
que nos guiará á la pelea.

GUILL. ¿Quién.... don Pedro? Aprisionado,
en negra mazmorra estrecha,
en el castillo del Puerto,
tal vez á mirar no vuelva
la luz del sol, que del Conde
el enojo no se templa.

ROCAB. Lo sé.... Mas, decidme: ¿nunca
se rompieron las cadenas...?
¿No puede el ave enjaulada
hallar la prision abierta?
¿Á la seduccion y al oro,
qué guardian no se doblega?

GUILL. Es decir....

ROCAB. Que no me olvido,
como vos, del que ántes fuera
nuestro caudillo.

GUILL. Yo....

ROCAB. El Conde,
muestras dando de clemencia,
ó de temores, que, acaso,
con ese nombre encubriera,
nos ha perdonado á todos,
y sólo á don Pedro deja
en triste cárcel sombría:
darle libertad es fuerza.

GUILL. Pero, vos....

ROCAB. Cuando ayer dimos
á Barcelona la vuelta,
este noble pensamiento

acariciaba.... Se encuentra
libre, quizás, á estas horas.

GUILL. Dejad que solo perezca.
Nada temais, Hugo. El Conde
perdió su antigua fiereza:
el espíritu le falta
que le alentó en sus empresas.
Á sus ojos penetrantes,
que hoy tienen mirada incierta,
asoma el fuego sombrío
de la fiebre que le quema.
Así del puerto la nave
se aleja por vez primera,
y al puerto se vuelve luégo
rotas las jarcias y velas.

ROCAB. Entónces, de doña Blanca
la voluntad altanera
será la del Conde.

GUILL. Sí,
la de Blanca... que es la nuestra.
Quisiera yá terminadas
mirar las nupciales fiestas:
por ver cumplido mi anhelo
tanta es, Hugo, mi impaciencia,
que está mediando la tarde,
que yá la noche se acerca,
y pienso que nunca viene.

ROCAB. ¿Sospechais que se arrepienta
el Conde?

GUILL. Todo es posible.
Sólo el furor le aconseja
unirse á Blanca, y vengarse
de Almodis: adora en ésta....

ROCAB. Se arranca el dardo, y la herida
al poco tiempo se cierra.

GUILL. Heridas de amores, siempre
cerradas en falso quedan.

ESCENA II.

DICHOS: BLANCA, por la segunda puerta de la derecha.

BLANCA. Hugo, venerable abad....
GUILL. Señora....
BLANCA. En palacio estoy:
á ser la Condesa voy,
y áun pienso que no es verdad
dicha tanta.
GUILL. En corto espacio
cumplióse vuestra ambicion,
señora.
BLANCA. ¿No es ilusion
que me encuentro en el palacio?
Las puertas, por donde huí,
están á mi paso abiertas;
quince años há que esas puertas
se cerraron para mí.
Altiva y fiel Barcelona,
noble tierra catalana,
aquí está tu soberana,
que hoy ceñirá la corona.
ROCAB. Doña Almodis, atrevida,
impedirlo no podrá,
aunque hay quien dice que está
en Barcelona escondida.
BLANCA. ¡Nada importa!
GUILL. Es Berenguer
esclavo de su hermosura.
ROCAB. Ella le ama con locura.
BLANCA. ¿Qué puedo de ella temer...?
Del Conde el triste abandono
yá no le deja esperanza:
él se une á mí por venganza,
y yo al Conde por un trono.
ROCAB. Pronto sonará la hora,
y en la sagrada capilla,
que con régia pompa brilla,

seréis su esposa, señora.

BLANCA. Nunca esperó mi ambicion
victoria de tanta cuenta:
en el lugar de la afrenta
será la reparacion.

GUILL. Me hace temer el retardo
del Conde.

ROCAB. ¿Qué le detiene?

BLANCA. ¿Recelais...?

ROCAB. (Mirando á la primera puerta de la derecha.)
Alguno viene.

GUILL. ¿Es el Conde?

ROCAB. Nó: Bernardo.

ESCENA III.

DICHOS: BERNARDO, por la primera puerta de la derecha.

BERN. Señora...

BLANCA. Bernardo, llega.

ROCAB. ¿No viene el Conde?

GUILL. ¿Qué aguarda?

BERN. Que le perdoneis, si tarda,
el Conde, señora, os ruega.

BLANCA. Bien.

BERN. Luégo, sin vacilar,
cumplirá lo prometido:
encuéntrase decidido
á llevaros al altar.
No extrañeis vos que, sin calma,
se agite en ánsias mortales,
que siempre quedan señales
de las tormentas del alma.

BLANCA. Viendo sus viles engaños,
á Almodis odiar debia.

BERN. ¿Quién aborrece en un dia
lo que adoró tantos años?

BLANCA. ¿Intentas hoy disculparla? (Con enojo.)

BERN. Perdonad mi pesadumbre....
¡Tanto puede la costumbre

de servirla y respetarla!

BLANCA. Bien.—Miéntras el Conde viene
en la capilla entrarémos:
nuestra oracion alzarémos
á Dios, que así nos sostiene.

GUILL. Por él los buenos vencimos.

BLANCA. Venid á ensalzar la gloria
del que nos dió la victoria.
Seguidme, pues.

GUILL. Yá os seguimos.

(Vanse Blanca, Guillermo y Rocabert por el foro, quedando en la escena Bernardo, triste y pensativo.)

ESCENA IV.

BERNARDO.

Solo me quedo.... Seguidla,
miserables cortesanos,
que siempre hollais al caido
y adulais al levantado.
(Asómase á la puerta del foro y mira hácia fuera.)
Yá van quedando desiertas
las estancias de palacio;
todos, todos van siguiendo
de doña Blanca los pasos,
que vuelven el rostro, ahora,
al sol que brilla más alto,
y yá ninguno se acuerda
del sol que murió en ocaso.
Allí reina el regocijo, (Señala el foro.)
aquí el dolor y el quebranto,
que es tan infeliz esposo
como padre desdichado.
Mejor quisiera encontrarme
con los moros en el campo,
y gemir en Zaragoza,
prisionero, otros diez años,
que mirar, como lo miro,

tanta pena y dolor tanto.
(Queda meditabundo, á la izquierda.)

ESCENA V.

DICHO; PEDRO, por el foro.—Viene envuelto en un largo manto negro, como temiendo ser conocido y buscando á alguno: ve á BERNARDO, se dirige á él rápidamente y le pone la mano sobre un hombro: no trae espada.

PEDRO. ¡Al fin, Bernardo, te encuentro!
BERN. ¡Vos aquí! (Reconociéndole.)
PEDRO. Calla, Bernardo.
BERN. Señor.... (Con sobresalto.)
PEDRO. Bien sé que este sitio
no debiera estar pisando;
sé que donde hallé la cuna
la muerte hallaré, si acaso
me descubren.... Mas.... ¿qué importa?
¿No vivo desesperado?
BERN. Señor, en nombre del cielo, (Suplicante.)
oid la voz de este anciano,
y dejad unos lugares
que para vos son infáustos.
PEDRO. De mi prision espantosa
esta tarde me he fugado:
merced al oro, mis guardias
en libertad me dejaron....
BERN. ¿Y para qué á Barcelona
vinísteis, desventurado?
PEDRO. Yo....
BERN. ¿Quién, mirándose libre,
busca la muerte insensato,
don Pedro?
PEDRO. Nó.... ¡Si es mi vida
la que busco, y no la hallo!
BERN. Fiel servidor soy del Conde:
vos hijo suyo.... yo os amo.
¿Cómo no amaros pudiera,
si os tuve, niño, en mis brazos?

¿Quereis armas, para huir,
quereis un corcel bizarro?
Yo mismo os daré las armas,
yo mismo os daré el caballo.

PEDRO. Tú sólo puedes decirme
donde está el bien que idolatro.
He venido á Barcelona,
los peligros despreciando,
por saberlo; dilo, pronto,
que, sin saberlo, no salgo.

BERN. Señor....

PEDRO. Tú, de doña Almodis (Con seguridad.)
el servidor más preciado,
tú sabrás dónde se oculta....
y yo vengo á averiguarlo.

BERN. ¡Don Pedro!

PEDRO. Sólo por ella
mi prision he quebrantado,
y entré, con atrevimiento,
en las salas de palacio,
la confusion que en él reina
y el tumulto aprovechando.
Todo por ella lo pierdo,
honor, corona y Condado;
pero, si llego á encontrarla,
todo con ella lo gano.

BERN. Señor....

PEDRO. (Interrumpiéndole bruscamente.)
Dime, dime al punto,
que de impaciencia me abraso,
dónde está, para que pueda
volar el alma á su lado.

BERN. Lo ignoro.

PEDRO. ¡Que tú lo ignoras!

BERN. Es así.

PEDRO. ¡Mientes, villano!

BERN. ¡Señor.... que estais ofendiendo
canas que siempre han honrado,
y el honor de un pecho noble

y la lealtad de un vasallo!

PEDRO. Tú lo sabes....Tú me engañas....

BERN. El Conde la ha repudiado....

PEDRO. ¡Yá lo sé...! ¡Si ese repudio
es mi esperanza! ¡Si aguardo
que ahora el fuego de mi pecho
incendie el suyo de mármol!
Huiré, sí, mas no huiré solo....
(Llevándole á la derecha y asomándole á los balcones.)
Mira el mar: mira allí un barco,
á los últimos reflejos
del sol, que se va ocultando....
En esa nave ligera,
que me ofrece un triste amparo,
cruzaré las turbias olas
de los mares agitados.
En ella voy á partir
para otros climas lejanos,
mas quiero llevarme el alma
que una mujer me ha robado.

BERN. ¡Don Pedro! ¡Señor!

PEDRO. Yá, esposa
no es de mi padre tirano,
yá no es criminal y adúltero
el amor que le consagro.
Para lograr mi esperanza,
lo mismo que adoro infamo....
¡Mira tú si será amor,
amor que me cuesta tanto!

BERN. (¡Infeliz!) Esa locura
vuestro espíritu ha turbado....

PEDRO. Locura es para la nieve
de tus yá caducos años.
¿Locura mi amor sublime?
¡Blasfemo, sella tus labios!
Yo, desde niño, he vivido
esta locura soñando....
Pero, basta..... Dime adónde (Rápido.)
Almodis se ha retirado....

No me lo niegues. Acaba.
Responde.... Pronto....

BERN. Os declaro
que no lo sé. Triste y sola
salió del castillo....

PEDRO. ¿Cuándo?

BERN. Ayer.

PEDRO. ¿Y nadie la ha visto?
¿Y todos han sido ingratos
con ella, en su desventura?
¿Nadie la fué acompañando?

BERN. Su dolor.... y yá sabeis
que el dolor pasa ignorado.

PEDRO. ¡Es imposible.... imposible!
Tú lo sabes.... Tú en mi daño
te gozas.... Dilo.

BERN. Señor,
no miento.

PEDRO. Mira, Bernardo, (Amenazador.)
que á todo resuelto vengo,
que vengo desesperado,
que si tan sólo la muerte
te ha de hacer hablar.... te mato.
Mira que voy á olvidar
que me has tenido en los brazos....
¡No es mucho, nó, que esto olvide
quien de todo se ha olvidado!
¡Dilo, pues, dilo!

BERN. ¡Silencio!
(Asómase á la puerta primera de la derecha.)
Es vuestro padre.... Ocultáos.

PEDRO. ¡Nunca fuera yo su hijo!
¡Nunca me hubiese engendrado!
¡Ay, cuánto más nos valiera!

BERN. ¡Idos!

PEDRO. Volveré, que, al cabo,
he de saber el secreto
que me niegas obstinado.

BERN. ¡Idos!

PEDRO. (Mirando hácia la puerta indicada.)
El destino, padre,
ha dispuesto que seamos,
yo, tu mayor enemigo,
y tú, mi mayor contrario.
(Váse por el foro.—Bernardo queda á la izquierda en segundo término.)

ESCENA VI.

BERNARDO: BERENGUER.—Sale por la primera puerta de la izquierda, ensimismado: no repara en Bernardo, que le contempla con dolor.

BERENG. Lágrimas, en mi afliccion,
para mis ojos no encuentro:
se asoman, vuélvense adentro
y abrásanme el corazon.
No amo, yá, nó, á la que acopia
la traicion y la falsía:
si dices que sí, alma mia,
te engañas hoy á tí propia.
No importa, no importa el eco
que aquí se está levantando.
¡Tambien se levanta cuando
se pisa un sepulcro hueco!
BERN. Señor....
BERENG. ¡Ah!... Bernardo amigo,
¿eres tú?... ¡Terrible dia,
Bernardo, que todavía
estoy luchando conmigo!
Y oigo su voz que me nombra,
y miro su imágen bella....
¡Miéntras más me alejo de ella,
más va creciendo la sombra!
BERN. Siempre, en las lides, la muerte
mirásteis con fiera calma:
para estas lides del alma,
sed tambien guerrero fuerte.
BERENG. Ábrese el mar con furor,

la presa guarda segura;
ciérrase luégo, y murmura
con halagos de traidor.
Ninguno podrá advertirme
el dolor en el semblante,
cuando llegue el fiero instante
en que á Blanca debo unirme.

BERN. Señor....

BERENG. Quedaré vengado
de Almodis, de esta manera:
Bernardo, que pene y muera
la que á traicion me ha matado.

BERN. Señor.... don Pedro....

BERENG. Ese nombre
hace mi pena mayor....
¡Qué dolor será el dolor
que obliga á llorar á un hombre!
¿Quién, Bernardo, me dijera
que aquel niño, que algun dia
fué mi encanto, mi alegría,
mi propia deshonra fuera?
Con los ojos del deseo
—volviendo al tiempo corrido—
allá en su cuna dormido
paréceme que áun le veo.
¡Con qué placer escuchaba,
á su lado, horas enteras,
yo, las palabras primeras
que el niño balbuceaba!
Ese incomprensible hablar
del niño, dulce y süave,
es el preludio del ave
cuando comienza á cantar.
Amándole de esta suerte,
llegó hasta su edad florida....
¡Ay, yo le daba la vida
para que me diese muerte!

BERN. Moderad vuestra afliccion....
me haceis llorar.... y no es bien....

BERENG. ¡Yo estoy llorando tambien!
¡Si me ha herido el corazon!
Cubre con vapores rojos
mi vista una densa nube,
y es sangre, sangre, que sube
desde la herida á los ojos.
Mi hijo y mi esposa, de afrentas
me cubren, de horror y duelo....
¿Para cuándo guarda el cielo
los rayos y las tormentas?

BERN. Pedro era espejo, en que fiel
mirábais vuestro reflejo....

BERENG. ¡Yá se ha quebrado el espejo,
no puedo mirarme en él!
Déjale allá en su prision
con los hierros que le oprimen:
quizás, así, de otro crímen
le evitamos el borron.
Peñasco que al borde mismo
de negra sima se eleva,
en cuanto el viento se mueva
caerá al fondo del abismo.

BERN. ¿Y ella...?

BERENG. Ella, que el amor tierno
destruyó por quien viví,
ella, no espere de mí
si no olvido, olvido eterno.
Si llegases á mirarla
aquí, en alguna ocasion,
hiéreme en el corazon....
para que no vuelva á amarla.

BERN. Calma, señor.

BERENG. Sí.—Yá es hora:
las ceremonias nupciales
exequias son funerales
del amor que el alma llora.
¡Morid de una vez, deseos!
¡Atrás, dolor, atrás, pena!
Yá alzo la frente serena.

Vamos.

BERN. Señor....

(Berenguer, seguido de Bernardo, llega á la puerta del foro donde aparece Almodis.)

ESCENA VII.

DICHOS: ALMODIS, por el foro.

ALMOD. ¡Detenéos!

BERENG. ¡Almodis! (Retrocediendo.)

ALMOD. (Adelantando.) No vengo ahora
tu nuevo enlace á impedir:
vengo á verlo.... y á morir.

BERN. Señora....

BERENG. ¡Salid, señora!

ALMOD. No saldré: quiero mirar (Con resolucion.)
mi muerte, y gozarme en ella,
único bien que mi estrella
me puede en el mundo dar.

BERENG. Déjanos. (Á Bernardo.)
(Váse Bernardo por el foro.)

ESCENA VIII.

BERENGUER, ALMODIS.

BERENG. Solos, aquí,
estamos. ¿Á qué viniste?
Habla, Almodis.

ALMOD. Yá lo oiste.
Á ver tu enlace.

BERENG. ¡Tú!

ALMOD. Sí.
Sí. No puede comprender
mi alma, entre dudas aleves,
que al altar hoy mismo lleves
á Blanca, y lo vengo á ver.
Las nupciales bendiciones
en estos regios recintos
van á sonar.... ¡Qué distintos
son nuestros dos corazones!

Áun viendo en tí un crímen cierto,
yo de tí no dudaria....
¡Sin decir que te queria,
queriéndote, hubiera muerto!

BERENG. ¡Almodis!... Estás llorando, (Conmovido.)
y, entre esas lágrimas, es
sol tu mirada, á través
de espesa lluvia brillando.
Déjame, que temo, al verte, (Con ira.)
sucumbir.... No hables de amor;
habla de mi deshonor,
de mi infamia, de mi muerte.
Cuando así la honra y la vida
una mujer arrebata,
se desprecia....

ALMOD. ¡Nó.... se mata, (Con firmeza.)
Berenguer, mas no se olvida!
Únete á Blanca, creyendo
que mancillé mi virtud....
¡Mirando tu ingratitud,
quizás te iré aborreciendo!

BERENG. ¡Ah!... Tu acento me conmueve
y redobla mis afanes....
¡No se apagan los volcanes
porque los cubra la nieve!

ALMOD. Corre, pues: que un sí destruya
antiguos lazos aquí....
¿Qué amor es el tuyo, dí?
¿Dí, qué pasion es la tuya?
¿Qué pasion, que, en un momento,
así del alma la arrojas,
y vuela.... como las hojas
impulsadas por el viento?
Una amorosa pasion
no se extingue de improviso:
para que muera, es preciso
que no lata el corazon.
¡Tú, que olvidándola estás,
tú, que hoy á Blanca prefieres,

tú, Berenguer, ni me quieres,
ni me has querido jamás!

BERENG. Huye de aquí, por merced,
que estoy de sed abrasado....
¡Como el agua se ha enturbiado
no puedo apagar la sed!

ALMOD. Berenguer, en tí confío,
recuerda nuestra pasion....
Conozco tu corazon
y el tuyo conoce al mio.
¡Déjame que el fuego avive
de tu afecto amortiguado,
que, sin estar á tu lado,
yo no sé cómo se vive!
(Alentando una esperanza, con ternura.)
Enfrena tu furia brava
al verme humillada ahora....
¡La que ántes era señora
hoy se ofrece por esclava!

BERENG. ¡Almodis!... ¿Qué es lo que siento (Vacilando.)
en mi pecho revivir...?
Quiero, en vano, resistir
á la mágia de tu acento....

ALMOD. ¡Ah! (Con alegría.)

BERENG. ¿Qué poder es el tuyo,
que, así, al borde me aproxima
de negra, insondable sima,
que miro abierta, y no huyo?

ALMOD. Es que recuerdas la gloria
que yo en amarte tenia....
¿La historia tuya y la mia
no son una misma historia?
Luz intensa, desde léjos
vivo resplandor derrama....
¡Lo que no alumbra la llama
se alumbra con los reflejos!

BERENG. ¡La más firme voluntad
quiebra una gota de llanto!
No llores....

ALMOD. ¡Si te amo tanto,
Berenguer!... Ténme piedad.
BERENG. Almodis, si yo deseo
á tus palabras ceder....
¡Si yo deseo no creer
lo que, por mi daño, creo!
ALMOD. (Esperando asegurar su triunfo.)
Don Pedro me calumniaba.
Ahora su crímen te asombre....
BERENG. ¡Ah...! ¡Me recuerda ese nombre
todo lo que yo olvidaba!
ALMOD. ¡Óyeme!
BERENG. ¡Cuánta maldad!
Te escuchaba fascinado,
y el nombre que has pronunciado
me vuelve á la realidad.
La niebla, que me cegára,
á iluminar yá comienza
la llama de la vergüenza
que me ha subido á la cara.
Que en tu labio jamás brote
ese nombre que me humilla.
ALMOD. ¡Berenguer!
BERENG. En la capilla
me espera yá el sacerdote.
ALMOD. ¡Oh... nó!
BERENG. Sí.
ALMOD. ¡Mi pena es harta!
¡Blanca tu esposa va á ser!
BERENG. (Dirigiéndose, con decision, al foro.)
Sí.
ALMOD. ¡Nunca! (Deteniéndole.)
BERENG. ¡Aparta, mujer!
ALMOD. (Corriendo á la puerta del foro, y colocándose en actitud de impedirle el paso.)
¡No saldrás!
BERENG. (Separándola.) ¡Mujer.... aparta!
ALMOD. ¡Huyes de mí, con fiereza,
cuando rendida te llamo! (Páusa.)

¡Tú yá no me amas!

BERENG. ¡Te amo!
¡Mira qué indigna flaqueza! (Despreciándose.)
Sepárenos á los dos
invencible y fuerte muro.....
No verte, no amarte juro....
¡Adios.... para siempre! ¡Adios!
(Váse por el foro.)

ESCENA IX.

ALMODIS.

¿Le sigo?... Nó.... ¿Para qué,
si es cierta mi desventura?
¡Alma, tu dolor apura!
¡Yá nunca más le veré!
(Mirando hácia los balcones.)
¡Noche, que vences al dia,
noche oscura, yo quisiera
que mis ojos envolviera
otra noche más sombria!
Tanto me pruebas, Señor,
que agotas mi resistencia:
me va á faltar la existencia,
si no me falta el valor.
Y ahora mismo.... ante el altar....
¡Ay de mí!... Verlo no quiero....
Nó.... nó.... ¿Qué dudo?... ¿Qué espero?
¡Adios, mi adorado hogar!
¡Adios!... De tí me destierra
el rigor de mi destino....
Voy á emprender mi camino
sola y triste por la tierra.
Tú, que, en lágrimas deshecho,
sostienes estos combates,
corazon.... ¿por qué no lates
hasta romperte en el pecho?

(En este momento se oye una melodía religiosa, tocada en el órgano de la capilla: los sonidos deben llegar á la escena suavemente.)

¡Ah!... ¿Qué escucho?... Esa armonía....
es el órgano.... llorando
no está una boda anunciando,
si no la desdicha mia.
Tú no celebras su union....
¡Suena, que cada sonido
es un doliente gemido
de mi pobre corazon!

(Sollozando, oculta la cara entre las manos.—Cesa el órgano.—Es casi de noche: la luz del crepúsculo irá disminuyendo gradualmente.—Pedro aparece en la puerta del foro, recatado, y escudriña la habitacion, como queriendo descubrir á alguno, sin apercibir á Almodis: dice «Bernardo» la primera vez desde el foro, y la segunda bajando al proscenio lentamente.)

ESCENA X.

DICHA: PEDRO.

PEDRO. ¿Bernardo...? ¿Bernardo?
ALMOD. (Sorprendida.) ¿Quién...?
PEDRO. Esa voz... (Acercándose.)
ALMOD. (Reconociéndole, con terrible espanto.)
¡Don Pedro!
PEDRO. (Con alegría.) ¡Es ella!
ALMOD. ¿Venís siguiendo mi huella?
PEDRO. ¿Estais aquí...? ¡Yo tambien!
¡Bendita mi suerte ahora!
ALMOD. ¿Será tanta vuestra audacia
que insulteis á la desgracia?
PEDRO. Me impulsa mi amor, señora.
ALMOD. Amor villano, traidor.... (Con indignacion.)
PEDRO. Lo sé, lo sé, por mi mal.
ALMOD. Insensato, criminal,
infame...
PEDRO. ¡Pero es amor!
Quise yo, desesperado,
lograr, aunque os deshonrase,
que mi padre os repudiase....

Yá veis que os ha repudiado....
No os ama, nó: verdadera
creyó la calumnia mia;
yo, al calumniaros, queria
que ninguno me creyera.
Yo os infamé; yo mentí;
vuestra virtud calumnié,
á vuestro esposo engañé,
y os adoraba... ¡Ay de mí!
Tened compasion, señora,
de un alma que, con pesar,
se ve obligada á matar
aquello mismo que adora.

ALMOD. ¡Compasion!... Si en vos cupiera
virtud de tanto valor,
si me volviérais mi honor,
acaso os compadeciera.

PEDRO. (Haciendo un movimiento negativo.)
Señora.... yá está lograda
la esperanza de mi vida:
estais, cual yo, envilecida,
sois, cual yo, desventurada.
Ni lástima ni piedad
de ese mundo merecemos....
Nuestras infamias juntemos (Con exaltacion.)
en oculta soledad.
Hará mi amor infinito
que vuestro pecho se ablande,
y mirando amor tan grande
olvidaréis mi delito.

ALMOD. Nó: vivid sin esperanza
y sin consuelo...

PEDRO. ¡Señora!

ALMOD. Que voy comprendiendo, ahora,
el placer de la venganza.
Supe querer, y llorar,
y otra cosa no he sabido....
¡Mirad si habré padecido,
que voy aprendiendo á odiar!

PEDRO. Almodis.... me desespero....
¿Quién tanta fiereza os dió?
ALMOD. ¡Desesperad, como yo,
y morid como yo muero!
PEDRO. Almodis.... ¡si por vos vivo,
tengo luz, aire y espacio!
¡Si por vos vine á palacio,
de mi prision fugitivo!
Por vos desprecié las penas,
las cárceles, los tormentos....
¡Mirad los surcos sangrientos
que dejaron mis cadenas! (Muestra las manos.)
ALMOD. ¡Don Pedro!
PEDRO. Y en vos pensaba,
sin acordarme de Dios,
y sólo pensaba en vos
cuando mi fin aguardaba.
Sin quejarme de mi estrella,
decia con firme acento:
¡corazon, muere contento,
que vas á morir por ella!
ALMOD. ¡Desdichado!
PEDRO. Vuestro bien
deshice con mano fiera:
alcé rebelde bandera
contra mi padre tambien....
¿Qué importaba...? Al hondo abismo
lanzábame, sin recelo;
que, para mí, infierno ó cielo,
con vuestro amor, es lo mismo.
ALMOD. Vuestra culpa no redimen
ese afan, esa tortura:
no se busca la ventura
por el camino del crímen.
PEDRO. Recordad vos lo que he sido,
y ved lo que soy ahora.
¡Yá nada tengo!... Señora,
todo por vos lo he perdido.
Perdí por vos la razon,

trono y corona perdí....
¡Yo, que en palacio nací,
entro en él como un ladron!
Conmigo tampoco están
mis pensamientos sombríos,
que los pensamientos mios
á vuestro lado se van.
Todo cuanto yo gozaba
he perdido, sin dolor....
¡Sólo me queda este amor,
que ni muere, ni se acaba!

ALMOD. ¿Ese es amor?... Nó: es locura,
don Pedro; infamia, delito....
¿Qué debo á ese amor maldito,
qué debo...? ¡Mi desventura!

PEDRO. Pues bien: el mal que os he hecho
con mi muerte os satisfaga.
Tomad, tomad esta daga
y sepultadla en mi pecho.
(Desnudándola: queda con ella en la mano hasta el fin de la escena.)
Yo vuestra piedad invoco,
que es un favor soberano
el morir por vuestra mano.
Tomad la daga. (Queriendo dársela.)

ALMOD. (Rechazándola.) Estais loco.

PEDRO. ¡Si me negais el favor
de abrirme la sepultura,
no me dejeis en la oscura
eternidad del dolor,
Almodis...!

ALMOD. Don Pedro... ¡atrás!

PEDRO. ¿Qué debo esperar?

ALMOD. ¿Vos...? ¡Nada!
Yo podré ser calumniada,
pero culpable... ¡jamás!
(Con dolorosa resignacion.)
¡Seguid en vuestro delirio
con aliento temerario,

que yo acepto mi calvario,
y mi cruz, y mi martirio! (Páusa corta.)

PEDRO. Almodis.... ¿se dobla el hierro,
y vos pensais resistir?
¿Sabeis que voy á partir
para un eterno destierro?
Sin vuestra presencia, yo
sé, Almodis, que ha de faltarme
la vida.... ¿He de condenarme,
yo mismo, á no veros...? Nó.
No salgo, Almodis, de aquí,
sin vos.

ALMOD. ¿Qué decís? ¡Callad!

PEDRO. ¡Responded!

ALMOD. ¡Nunca!

PEDRO. ¡Mirad (Amenazador.)
que no respondo de mí!
Ved que mi noble arrogancia
humilla tanto desden....

ALMOD. Yo voy á partir tambien.

PEDRO. ¿Adónde?

ALMOD. Á mi patria; á Francia.

PEDRO. ¡Á Francia!

ALMOD. ¡Adonde no crea
el mundo que me quereis;
adonde vos no me halleis;
adonde yo nunca os vea!

PEDRO. Señora.... ¡cuánta crueldad
respiran vuestros acentos...!
(Compasiva y desesperadamente á la vez.)
¿Por qué desatais los vientos
que acercan la tempestad?

ALMOD. ¡Pedro!

PEDRO. Os alejais de aquí....
¡Estéril será mi empeño!
Vuestro esposo, vuestro dueño,
podrá ser otro.... ¡Ay de mí!
(Exaltándose cada vez más.)
Tal vez, en union dichosa,

que colmará mis agravios,
escucharéis de otros labios
el dulce nombre de esposa....
¿Y yo arrastraré, sin calma,
la triste existencia mia,
sin tener más compañía
que la soledad del alma?
¿Y han de crecer mis desvelos...?
¿Y formaréis nuevos lazos...?
¿Y os veré en agenos brazos...?
¿Y me he de morir de celos...?
¡Oh.... no será.... no será! (Fuera de sí.)

ALMOD. ¡Me horrorizais!—¡Berenguer! (Llamando.)

PEDRO. Da la mano á otra mujer. (Rápido.)
No le llameis.... No vendrá....

ALMOD. ¡Ah!... ¡Berenguer! (Llamando.)

PEDRO. ¡Qué sombría
llega la noche, señora!

ALMOD. ¡Pedro!

PEDRO. Respondedme, ahora,
por última vez.... ¿Sois mia?

ALMOD. Yá es, por demás, importuno
vuestro ruego....

PEDRO. ¡Con que es cierta
mi desdicha!... Pues bien.... ¡Muerta,
yá no seréis de ninguno!

ALMOD. ¡Ah!

PEDRO. (Mirando la daga.)
¡Muere, amor, en el pecho
que, en mal hora, te engendró!
(Transicion violenta.—Se dirije suplicante, casi sollozando, á Almodis, que retrocede hasta apoyarse en el escaño que hay entre las dos puertas de la izquierda.)
¡Amadme.... Almodis!

ALMOD. ¡Nó! ¡Nó!

PEDRO. ¡Que nó! Entónces....
(En un terrible acceso de furor, hiere á Almodis: mucha rapidez.)

ALMOD. ¡Ay!
(Cae, sin sentido, sobre el escaño.)

PEDRO. ¿Qué he hecho?

(Apártase de ella, corre, asombrado de su propia obra, á la derecha de la escena, con dolor y espanto, y oculta el rostro entre las manos.—Es de noche.—Trascurre un breve espacio de silencio: luégo aparece Berenguer en la puerta del foro.)

ESCENA XI.

DICHOS: BERENGUER.

BERENG. En mi boca suspendido (En el foro.)
quedó, al pronunciarlo, el sí,
y la triste voz que oí
á este lugar me ha traido.
¡Tanto silencio me asombra!
¡Almodis! (Adelántase, llamándola.)

PEDRO. (Saliendo de su estupor, con voz ahogada.)
(¡Mi padre!)

BERENG. Creo
que he escuchado.... que allí veo
una sombra.... (Dirijese á Pedro.)

PEDRO. (Saliendo á su encuentro.)
¡Sí.... una sombra!
¡Mil tormentos me combaten!

BERENG. ¿Pedro, eres tú? ¿Te has fugado
de tu prision? ¡Desdichado!

PEDRO. ¡Padre, mandad que me maten!

BERENG. ¿Y Almodis? (¡Sospecha impía!)
¡Pides la muerte! ¿Por qué?

PEDRO. (Con energía y sin vacilar.)
¡Padre, porque la maté
cùando yo más la queria!

BERENG. ¡Tú!... ¡Qué horror!

ALMOD. (Volviendo en sí, de un modo casi imperceptible.)
¡Ay!... Berenguer....

BERENG. (Dirigiéndose á ella y sosteniéndola en sus brazos.)
Esa voz.... ¡Ella!... Respira.
No está muerta, nó.... mentira....
¡Dios no lo pudo querer!

ALMOD. Muero mártir de tu honor....

BERENG. ¡Almodis!
ALMOD. Berenguer mio,
lucha de la muerte el frio
con el fuego de tu amor....
PEDRO. (Que se ha ido acercando, atraido por la voz de Almodis, como impulsado por la conciencia.)
Yo, al acusarla, mentí;
yo, padre, la he calumniado....
¡Soy un malvado, un malvado!
¡Ella es inocente, sí!
ALMOD. ¿Lo oyes? (Con júbilo.)
BERENG. ¡Ah!... Pena tan fuerte
no supe yo que existia....
¡No la hay mayor!... ¡Hasta el dia
me niega luz para verte!
ALMOD. Voy á morir.... ¡Justo Dios,
perdóname!... Te abandono....
BERENG. ¡Almodis!
ALMOD. Pedro.... os.... perdono....
PEDRO. ¡Ella me perdona! (Con horror, retrocediendo.)
ALMOD. (Á Berenguer.) ¡Adios...! (Muere.)
BERENG. (Con infinita desesperacion.)
¡Almodis!... ¡Ah!... ¡Muerta estás,
y yá mi dolor no calmas!
¿Cómo, muriendo dos almas,
ha muerto un cuerpo no más?
(Se oye ruido leve en el foro, que se ilumina con el resplandor de hachas encendidas.)
Ruidos.... fulgores inciertos....
¡Ah, las antorchas nupciales!
¡Los blandones funerales
que necesitan los muertos!

ESCENA XII.

DICHOS: BERNARDO, GUILLERMO, ROCABERT y CABALLEROS: PAGES con hachas encendidas.—Todos se agrupan en el foro, ménos Bernardo.—Pedro queda solo á la derecha.

BERN. (Acercándose á Berenguer.)
¿Cómo olvidais, de esta suerte,
que los desposorios hoy
se celebran...?

BERENG. (Señalando el cadáver.)
¡Si yá estoy
desposado con la muerte!
(Todos miran: muda sensacion de horror, expresado por gestos y ademanes.)
¡Mirad el ángel divino,
calumniado, de mi amor!
¡Mirad su calumniador! (Mostrando á Pedro.)

PEDRO. ¡Padre! (Con voz ahogada.)

BERENG. ¡Mirad su asesino!
(Sensacion muda de espanto.)
¿Dónde un castigo que cuadre
al delito podré hallar...?
¡Terrible lo he de inventar! (Con fiereza.)
Mas.... nó.... nó.... ¡Si soy su padre!
(Medita un momento y luégo se dirige á Pedro.)
¿La amabas mucho?

PEDRO. Mi estrella
fué amarla....

BERENG. ¿Y deseas morir....?

PEDRO. ¡Sí, que no puedo vivir;
no puedo vivir sin ella!

BERENG. (Cogiéndole y obligándole á mirar el rostro de Almodis, con el placer de la venganza.)
Entónces.... ven.... desdichado,
y contempla ese semblante....
¡Siempre lo mires delante;
siempre su sombra á tu lado!

¡Vive, pues!.... ¿Qué más tormento?
¡Vive, pues!... ¿Qué más castigo
si no que vaya contigo
eterno el remordimiento?
(Mirando al cielo.)
¡Dios, escúchame! ¡Aunque quiera
la muerte, aunque te la pida,
no le oigas.... dale una vida
tan larga.... que nunca muera!

BERN. ¡Señor....!. (Suplicante.)

PEDRO. (Con espanto.) ¡Padre!

BERENG. ¡Huye de mí!
¡Abridle paso! ¡Dejad
camino á la tempestad,
que su rayo lanzó aquí!
(Pedro, maquinalmente, rechazado por el padre, huye hácia el foro, donde los caballeros le abren paso cuando lo indica el diálogo: Berenguer, con la mano extendida, parece que impulsa á Pedro, el cual desaparece: entónces Berenguer flaquea, pero se domina: Bernardo acude á sostenerle.)
Cuando al sepulcro sombrío (Á Bernardo.)
lleves el cuerpo adorado
de mi Almodis, á su lado
déjame un sitio vacío.
¡Ponme allí, cuando sucumba
y cesen mis penas todas,
y eternas seran las bodas
siendo el tálamo una tumba!

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro,* calle del Arenal, y de *Durán,* Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.